

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 331.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

La primavera; grabado. — Estudios históricos. — A una niña. — Revista de Paris; grabados. — Carmosina. — ¿Quién puede estar en todo? — Los obeliscos de la villa Terlonia; grabados. — La providencia de Dios. — Presentimientos. — Chantilly; grabados. — Tipos y grupos matritenses. — Máquinas ofensivas de los antiguos. — Revista de la moda. — Escenas de la vida en Argelia; grabados.

aquella sangrienta refriega, pues no menos de siete murieron al primer empuje de nuestros caballeros; con lo cual retrocedieron espantados hasta el peloton que á la entrada del arrabal habia quedado de reserva; y aunque luego volvieron á avanzar con mayor ímpetu, ya algunos peones de la ciudad que se habian reunido bajo la mano de un presbítero llamado Sebastian de Fontalva, les disputaron á palmos el terreno hasta su

definitiva retirada; la cual obligó á practicar el regidor Juan de Esquivel, puesto á la cabeza de nuevos refuerzos que de la gente del campo se habian reunido.

Mientras esto sucedia en el barrio de la Turba, no peleaba Caramaní con mejor fortuna al pié de la fortaleza; pues aunque marchando hácia ella habia logrado captivar una muchedumbre fugitiva de niños y mujeres, de los cuales algunos perecieron por imprevision ó

mala dicha, tampoco logró su intento ni mucho menos; antes corrido de los excesos de su arrogancia, volvió á la armada cubierto de ignominia.

Uno de sus alféreses intentó clavar un pergamino en la puerta del castillo, ya que no su bandera en los adarbes, lo cual hubiera sido mas honroso; pero aun esta hazaña le defendió la ballesta de un mozo llamado Alonso el Suelto, pues al dispararse contra el infiel lo dejó muerto en el acto; repitiéndose el hecho y la fortuna con otro que le sustituyó en el cargo y la intencion, y logrando á duras penas retirarse un tercero mal herido.

Con esto Caramaní se convenció de que el proyecto de la toma de Gibraltar habia fracasado por completo, en especial cuando supo que los invasores de la ciudad tambien habian sido rechazados; con cuyo motivo reunió fuera del arrabal al Sur de la ciudad toda la gente turca, y satisfecho de la presa lograda en tres horas de saqueo, volvióse á las galeras con 75 cautivos y todo linaje de despojos, dejando muertos de los suyos 20 hombres, y prisioneros cerca de 40.

No digamos que á tan cortas ventajas hubiera enco-

ESTUDIOS históricos.

SACO DE GIBRALTAR Y BATALLA NAVAL DE ALBORAN.

AÑO DE 1540.

(Continuacion.)

Hizolo así el buen Juan de Sanabria, pero con tan visible desdicha, que en la primera arremetida cerca del convento de San Francisco, ya saqueado por los turcos, cayó mortalmente herido bajo una nube de flechas. Arrastrólo el caballo hasta la Barcelona, de suerte que aun llegó vivo á la casa de su padre; pero este visible favor del cielo no le salvó de la vida mas que el peligro de perderla entre la algazara de sus enemigos, de los cuales aun hubieran pedido rescate por su cuerpo. Tambien en la arremetida del valeroso escuadron, cayó muerto en el acto el escudero de Juan de Sanabria: á Francisco de Mendoza, de quien se ha dado ya noticia, mataron el caballo que montaba, y con esto él quedó cautivo de los turcos.

No fué sin quebranto de estos



LA PRIMAVERA. — DIBUJO ALEGORICO.

mendado su vanidad ni acomodado su codicia; pues al cabo los gastos de la empresa habían sido muchos y el éxito con extremo desgraciado. Pero fué el caso que, por un acuerdo tomado en tiempo de las *Comunidades*, contra ellos y contra todo género de enemigos habían hecho hermandad los reinos de Córdoba, Granada y Sevilla, y entre sí los lugares respectivos de cada jurisdicción; y con este motivo, apenas se supo el caso de Gibraltar por aquellas comarcas, volaron en su ayuda todos los magnates, las banderas de la milicia, y cuantos hombres se hallaron útiles para el manejo de las armas.

De diez mil no bajaron los que en buena ordenanza acudieron á la ciudad, habiendo llegado de los primeros al medio día el socorro de Ximena, fuerte de seiscientos, y no menos entre ginetes y peones, y despues el de Jerez con cuatrocientos de los primeros y tres mil de los segundos.

Supo Ali-Amét lo que pasaba mas pronto de lo que á nuestra fortuna hubiese convenido; y recogida su gente á las embarcaciones, todavía permaneció en la bahía de Gibraltar hasta la madrugada del día 13, so pretexto de ajustar el rescate de los cristianos prisioneros. No anduvieron sobre él tan acordes que bastasen para realizarlo los tres días pasados de parte á parte en regateos; por lo cual, suponiendo Ali-Amét que se trataba de armarle una celada dentro del puerto con las galeras de don Bernardino ó con la armada de galeones del Océano, salióse la Punta de Europa afuera, no sin haber antes puesto fuego á una soberbia galera de cinco remos, que había inventado y hecho construir como modelo el señor don Alvaro de Bazan, y de haber desbalijado hasta cuarenta buques de mercaderes que se hallaban á su entrada en la bahía, ó que arribaron á ella durante su estancia.

Zarpó finalmente la escuadra turca del puerto de sus fechorías el lunes 13 de setiembre, y habiendo caminado algunas millas con rumbo hácia el Sur para remontar la punta del estrecho, torció despues al S. E. para la costa fronteriza, arribando á Velez de la Gomera, donde realizó al cabo por una gruesa suma que no bajó de siete mil ducados, el rescate de los cautivos españoles.

El escándalo producido en la cristiandad por tan arriesgada empresa, y la vanagloria de haberse aventurado á ejecutarla con menoscabo de las armas imperiales, reputadas á la sazón por invencibles, hubieran sido, aun sin las conveniencias del botín, bastante galardón para Ali-Amét, y gran satisfacción para Barba-Roja. Más no permitió su mala estrella que del hecho se gozasen arrogantes; puesto que aun no habían comenzado á recibir los parabienes del triunfo, cuando el castigo de Dios cayó sobre ellos en los términos que vamos á referir seguidamente.

III.

Erase ya mediado setiembre, y por lo tanto muy adelantada la época natural de las operaciones navales, cuando don Bernardino perdió en las Baleares la esperanza de recibir noticias certeras de sus enemigos.

El silencio de los barcos mercantes que topaba en la mar ó que arribaban á los puertos de aquellas islas, y la absoluta carencia de avisos oficiales, si pudieran en realidad tranquilizarle á los principios de la campaña, llegaron por último á ponerle muy sobre sí y hasta en sospecha de sus propios confidentes.

Sabia á no dudar que de Turquía llegarán refuerzos de galeras á Barba-Roja; y conociendo el temple de este famoso caudillo y los odios que alentaba contra España, no podía creer en su inmovilidad durante todo un estío, y ya estaban á punto de caer sobre la mar los irregulares tiempos del otoño.

Vacilante en cuanto al acierto que necesitaba para no dejar abandonada ninguna porción de nuestras costas orientales, habíase situado con laudable precaución frente al centro de todas ellas, es decir, en las islas Baleares, según antes hemos dicho: mas este cálculo razonable de ajustada estrategia pudiera ser á su vez inconveniente si por acaso se prolongase hasta la exageración, cuando de los buques enemigos no fuese al archipiélago Mediterráneo la mas oscura noticia; porque entonces aquellos podrían recorrer á mansalva por toda su extensión de Levante la península española, y nuestras galeras contribuir á la impunidad por los propios medios con que querían evitarla.

En caso tan especial ocurriósele al señor don Bernardino de Mendoza lo que tan en armonía se hallaba con su singular talento y exquisita prevision, y así arribó sobre la costa de España al puerto de Denia, montando en seguida los cabos de San Antonio y de la Nao, para hacer rumbo á Cartagena.

Ganó este puerto á los 18 de setiembre, y sus recelos se convirtieron en asombro cuando le refirieron el caso de Gibraltar y las diligencias que se habían hecho para comunicárselo inmediatamente. Es decir, que los avisos andaban á la sazón desorientados por las islas Baleares, y que toda la culpa de aquella situación era debida al azar, mas bien que á una punible falta de precaución, ó á un criminal exceso de indolencia.

Curado pues de un remordimiento inconducente y solo dando treguas al furor que le inspiró lo sucedido para combinar la manera de castigar á los agresores, volvióse don Bernardino á la mar con toda su escuadra, compuesta de los diez buques que hemos dicho: dejando antes sus instrucciones al corregidor de Cartagena,

para que le avisase de cualquiera novedad, y disponiendo su derrota de tal modo que al fin lograrse avisar á los enemigos si por acaso no habían aun regresado á sus guaridas ordinarias.

Calculando que aquellos, tras de la alarma que habían causado, no se atreverían á navegar al amor de nuestras costas, puso don Bernardino las proas de sus buques hácia Argel desde el puerto de Cartagena, es decir, al E. S. E., acercándose á la plaza enemiga cuanto pudo para bajar desde ella hasta el estrecho de Gibraltar por la costa de Africa. Y para que á favor de este movimiento no repitiesen los turcos sus fechorías en las poblaciones españolas con la misma impunidad que en Gibraltar, encargó al susodicho corregidor de Cartagena que le enviase á Oran el aviso de toda novedad, puesto que había de recalcar en este puerto y en el de Velez de la Gomera, para tomar en ambos lenguas de las naves enemigas (1).

Revolvió con efecto hácia Occidente tan luego como reconoció la ensenada de Argel, á bastante distancia para no ser visto de sus atalayas; y siguiendo la nueva derrota en los términos que la había combinado, entró en el puerto de Oran sin el mas leve tropiezo.

Contradictorias fueron las noticias que allí se le comunicaron; y aunque las mas contestes eran que hasta trece buques de la armada enemiga habían repasado con rumbo hácia Argel, todavía por no ajustarse aquellas á sus deseos ó porque viniesen de lenguas de moros no quiso creerlas, y volvió nuevamente á la mar costeando camino del estrecho.

Las paces ajustadas á la sazón con los reyezuelos de la costa fronteriza, fácilmente habrían permitido á la armada española arribar á Velez; pero don Bernardino, siempre receloso y previsor; temió que en una parte le vendieran como en la otra le habían engañado; y así anticipó la maniobra en la noche del 27 de setiembre sobre el cabo de Entre-Folcos, despues de haber orzado la mar adentro diez leguas antes de Melilla para que los moros no pudieran denunciarle.

Pero era el caso que en dicho cabo de Entre-Folcos no habría sido fácil averiguar el paradero de los turcos, por la misma razon que aseguraba el secreto de nuestra armada, es decir, por falta de habitantes: con lo cual, y puesto que nada podía resolver don Bernardino sin adquirir algunas noticias positivas, despachó á Melilla, de allí dos leguas al S. E., uno de sus bergantines, el cual regresó algunas horas despues, en la mañana del 28, con la fausta nueva de hallarse Ali-Amét con todas sus fuerzas en Velez de la Gomera, que es al Poniente de donde estaban las galeras españolas, obra de veinte y cinco leguas poco mas ó menos, y que se entretenía en vender la presa de Gibraltar con una tranquilidad imperturbable.

Semejante noticia colmó los deseos de nuestro famoso capitán, así como los hechos sucesivos coronaron el éxito de sus operaciones. Para que estas no resultaran al cabo infructuosas, echó en tierra algunos exploradores, con orden terminante de prender á cuantos moros se acercasen y pudieran descubrirles; mas como quiera que la vigilancia no estuviese olvidada tampoco del lado de los enemigos, estos enviaron el 29 dos corredores á caballo, para que situándose durante el día precisamente en la punta del cabo de Entre-Folcos como la que mas sobresale hácia el Norte por toda aquella costa desde Velez hasta Oran, diesen aviso instantáneo de cualquiera novedad que en el mar se apercibiese.

Tuvieron los soldados de don Bernardino la mala fortuna de no prender mas que al uno de ambos moros; y aunque á este regalaron y pusieron en libertad, á ver si por la codicia otra vez los dos volvían, puesto que así no sucedió, se vió forzado el general de nuestra armada á salir á la mar y ponerse en franquía, por lo que pudiesen intentar los enemigos.

El 30 en la mañana abandonaron pues las galeras de España el cabo de Entre-Folcos; y con las proas al Norte no tardaron en arribar á la isla de Alboran, ó *Arbolan*, como don Bernardino la llamaba, en la cual pernoctaron aquella noche, no bien penetradas del triunfo que el nuevo sol había de alumbrarlas.

IV.

Puesta en los 28° 36' de latitud setentrional y los 39' de longitud al E, del meridiano de Madrid, está la isla de Alboran, pudiéndose decir equidistante de ambas costas, la de España por donde el Adra cae al mar, y la de Africa por el cabo de Entre-Folcos.

Dirigióse á ella don Bernardino desde el último pun-

(1) « Y porque me parece que por esta costa no volverán estos navios, pues son tan pocos, he acordado de ir por la Berbería, porque por ella tengo por cierto que se toparán, si el tiempo no es tan contrario que nos estorbe de hacer lo que tengo pensado, que es ir lo mas cerca de Argel que el tiempo consintiere, y volver hasta Oran, donde dejó dicho al corregidor de aquí que me avise, si en esta costa se mostrasen los navios; y si no hubiere nueva de ellos, vendré por la misma costa hasta Velez de la Gomera, y de allí al estrecho, donde no habiendo nueva de ellos será cierto son vueltos á Argel; y si en esta hora no son llegados, tengo esperanza que se ha de hacer alguna buena cosa. Dios lo encamine, pues la causa es suya. » (*Archivo general de Simancas*, Estado, legajo 47. — Carta del señor don Bernardino al emperador, fecha en Cartagena á 19 de setiembre de 1540).

to donde había recalado, por dos razones á cual mas poderosa, á saber: que si los turcos tenían noticia de su proximidad y trataban de esquivar un encuentro, naturalmente habían de apartarse del cabo susodicho, inclinándose hácia las costas españolas hasta reconocer el cabo de Gata, con lo cual ya podían torcer al Sudeste y ganar el puerto de Argel sin gran peligro; y si no sabían que las galeras de España andaban por allí, era muy fácil que, habiendo realizado el importe de los cautivos y despojos sacados de Gibraltar, trataran de no abandonar aquellos mares sin dejar nuevas huellas de sus piraterías.

En el primer caso, y puesto que navegando por rumbos directos desde Velez de la Gomera hasta el cabo de Gata, era forzoso pasar rozando con la isla de Alboran por el Norte de ella, es evidente que la situación elegida por don Bernardino no podía ser mas estratégica; y en el segundo, suponiendo que la armada turca procuraría ganar terreno hácia su retirada, aun tratando de dar un nuevo golpe de mano en las costas españolas, tanto para tener aquella mas expedita, cuanto por no tropezar con la alarma que en todos los puertos del Occidente de Málaga había causado ya, también la isla de Alboran tendría que ser punto de recalada forzosa, ó á lo menos de observación en semejantes operaciones.

Únicamente en el caso de no haber sabido Ali-Amét que don Bernardino y las galeras estaban en el cabo de Entre-Folcos, y de querer retirarse sin mas ruidos, pudiera haber sido conveniente la permanencia de los españoles en este punto; mas como aquello no era probable, ya se echa de ver que el cambio realizado no podía ser mas oportuno, ni mejor ajustado á las reglas de la estrategia (1).

Con todo, y para no someterse absolutamente á una sola proposición, puesto que en el ánimo del caudillo español estaba el deseo de buscar á los turcos y pelear con ellos, todavía apenas amaneció el primer día de octubre, volvióse á dar al mar don Bernardino con toda la escuadra de su mando, y sin intento de abandonar la isla se puso á cruzar enfrente de ella con rumbos alternados de una á la otra costa, inclinándose mas particularmente al lado de la de Africa.

Navegando á un largo las fuerzas españolas del N. E. al S. O. con viento S. E., descubrieron la armada turca desde las gatas respectivas los vigías de todas las galeras; la cual venía de vuelta encontrada, según don Bernardino lo había previsto.

Ni la superioridad de los turcos, así en buques como en fuerza y armamento, ni la ventaja de tener el barlovento á su favor cuando aperciéronse los españoles, de manera que procuraron siempre conservarlo, mermaron el ánimo de don Bernardino, ni influyeron en el arrojo de sus gentes. La primera ventaja la habían anulado siempre nuestros hombres de guerra en todos los encuentros tenidos con los turcos, y la segunda era entonces de poca monta en virtud del uso que se hacia de los remos.

Así pues, el caudillo de los cristianos solo pensó en arrojar al combate con la seguridad del triunfo, para satisfacerse de la reciente injuria de Gibraltar, y al efecto dispuso sus buques en línea de batalla, tomando él para sí el centro del escuadrón, como entonces hacían de ordinario los capitanes generales de las armadas; y encomendando el cuerno derecho á don Enrique Enriquez, y el izquierdo á don Pedro de la Guerra, caballero de calidad y muy estimado de don Bernardino por la pericia y el valor con que en tales ocasiones solía distinguirse.

El alborozo de los turcos, fiados en la superioridad de sus buques, trájolo el viento hasta las galeras españolas con los sonidos de sus tambores y añafles; que no de otra manera solía arengarse entonces desde la capitana á todos los navios de un armamento en las ocasiones de la guerra.

Hiciéronse pues los zafarranchos en ambas escuadras, y enderezando los rumbos una á otra, poco tardaron en jugar la artillería que llevaban los buques en sus castillos de proa. Adelantáronse los turcos en esta operación, como menos seguros de sus ventajas personales, y así las galeras españolas reservaron los tiros de sus lombardas hasta que estuvieron á punto de atravesarse con sus enemigos. Entonces una rociada general que inició la capitana y siguieron las demas, cayó como granizo sobre la armada de los turcos y á boca de jarro; de manera que fué de harta consideración el daño que con ella recibieron, no habiéndose desperdiciado un solo tiro.

Tocóse acto continuo al abordaje, siempre seguido instantáneamente á la primera descarga, según la táctica de entonces, é inmediatamente se aferraron unos á otros los buques de ambos armamentos para hacer de cada cubierta un campo de batalla donde se luchase cuerpo á cuerpo.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

(Se concluirá.)

(1) « Y como vi que éramos descubiertos, otro día juéves en la mañana me puse á la mar, la vuelta de una isla que se llama Arbolan, que está 30 millas del cabo de Entre-Folcos, porque me pareció que tomando nueva de mí los enemigos, se habían de apartar del cabo, y no temiéndola habían de querer atravesar á nuestra costa á hacer alguna cosa. » (*Archivo general de Simancas*: Estado, legajo 47. Carta del señor don Bernardino de Mendoza al comendador de Leon (era el secretario Cobos) fecha en su galera al día siguiente de la batalla).

A una niña.

I.

¡Mariposa gayada,
Niña querida,
Que jugueteando pasas
Tu alegre vida!
Oye mi acento
Y préstale á mi lira
Tu dulce aliento.

Negros cual terciopelo
Tienes los ojos,
Dulces como el almibar
Los labios rojos;
Y la armonía
Que en tus encantos reina
Mi alma extasia.

Dulce prenda del cielo,
Rico tesoro,
¡Ay! es por tu inocencia
Que yo te adoro;
Tu faz divina
El rostro de María
Se me imagina.

¡Oh! ¡quién siempre contento
Vivir pudiera
Gozando de la vida
La primavera!
Sin los amores
Que en la existencia siembran
Cruces dolores.

Tú que vienes al mundo
Llena de encanto,
¡No sabes inocente
Lo que es el llanto!
Sigue en tus goces,
Que lo que valen ellos
Tú no conoces.

Tú sueñas ricas sedas,
Perlas y oro,
De ámbar y diamantes
Un gran tesoro;
Y en tu alegría
Sueñas con todo un cielo
De pedrería.

Tú sueñas con las aves
Y con las flores
Que abandonan al viento
Cantos y olores;
Y sonreída
Sueñas, pobre inocente,
Que esa es la vida.

Sigue, cariño mío,
Sigue soñando;
Que así ablandas la tierra
Que vas pisando:
¡Ay! los amores
Borraran esos sueños
Con los dolores.

II.

Mas tarde las tempestades
Estallarán en tu seno;
Buscarás las soledades,
Y sentirás el veneno
Que aniquila las beldades.

Sentirás de los amores
dichas y la alegría:
Dichas que traen dolores;
Contento que solo un día
Dan los mundanos favores.

Y fingirás dicha y risa
Cuando solo hay pena y llanto;
Que el mundo se burla, y pisa
Aquello que no es encanto,
Y sus goces diviniza.

Acongojada en el lecho
Te agitarás con angustia,
Y tras tu llanto deshecho
Verás tu hermosura mustia
Y desgarrarás tu pecho.

Todos tus sueños queridos
Huirán dejando pesares;
Como aljófares perdidos
A la orilla de los mares,
Por las olas combatidos.

Y verás, rasgado el velo
De la inocencia bendita,
Cómo brotan en el suelo
Flores de esencia maldita
Que hacen renegar del cielo.

Que es la vida una locura
A que estamos condenados;
Su aguijón es la hermosura,
Sus efectos los pecados;
Y su fin la sepultura.

III.

Perdona, linda niña,
Fué un desvarío;
No escuches los acentos
De un labio impío.
El mundo, sí,
Es un vergel de rosas
Y de aleli.

Sigue, niña querida,
Sigue soñando;
Que así ablandas la tierra
Que vas pisando:
Duerme entre flores
Y arrullen tus ensueños,
Los ruiseñores.

Caracas 6 de junio de 1858.

JULIO CALCAÑO.

Revista de Paris.

Tamberlick ha hecho furor este año como el año último; primero cantó en el *Trovador*, luego en *Otelo*, y por último en *Poliucto*, ópera de Donizetti, mas conocida con el nombre de los *Mártires*. En las tres óperas, pero sobre todo en la última, ha demostrado facultades verdaderamente extraordinarias. Maravillosamente secundado por la Penco, que por fin está reconocida como una de las primeras cantatrices de nuestro tiempo, Tamberlick ha excitado en *Poliucto* un entusiasmo sin límites.

Hay un duo en el tercer acto de esta ópera, la escena de la conversion de Paulina á la fe cristiana, que arrebató al auditorio. Este duo y el final del segundo acto son piezas de primer orden, y ellas han decidido el triunfo de la ópera casi olvidada de Donizetti, que sin duda veremos muchas veces en la temporada próxima. A esto hay que añadir, para acabar de explicar el frenesí de la concurrencia, las notas elevadas de Tamberlick que cada noche sorprenden mas al público. Todos los cantos en que las coloca debe repetirlos, y el artista se presta complaciente á esta exigencia que le vale ovaciones que rara vez se han visto en ese teatro. Las representaciones de la temporada se concluyeron con el *Trovador* el 30 de abril, y ya estamos sin compañía italiana en Paris hasta el mes de octubre.

En estos últimos días han tocado en varios teatros de Paris los célebres violinistas Angelo Ferni y su hermana Teresa, habiendo sido aplaudidos en todos sus conciertos con el mas vivo entusiasmo. Angelo y Teresa Ferni idolatraron desde la infancia el arte musical. Nacieron á un año de distancia en Como, una de las poblaciones mas bonitas del reino lombardo-veneto, que con ellos dió dos artistas mas á esa tierra privilegiada que ha producido tantas cosas sublimes en el triple círculo de las ciencias, las letras y las bellas artes.

Hijos de padres artistas, el primer juguete que en la niñez cayó en sus manos fué un violin, al que en breve hicieron hablar el lenguaje cosmopolita de la música, en tanto que apenas deletreaban el idioma melodioso de su patria.

Un día que Angelo templaba su instrumento favorito para ejecutar una fantasía nueva y dar con ella á sus padres una prueba de sus rápidos progresos, se le rompió una cuerda de su violin.

El niño se incomodó un poco; pero apoderándose luego del arco con la mas enérgica desenvoltura, exclamó:

— No me importa una cuerda mas ó menos; tocaré lo mismo.

Y se puso á ejecutar la fantasía con toda la ligereza de un Paganini futuro.

Como la familia Ferni carecía de bienes, los niños debieron entrar en la vida por el camino del trabajo, camino cubierto de decepciones con mas espinas que rosas; y sin embargo, no pueden quejarse de haberle seguido, pues por él han llegado á la fortuna y á la fama.

Los primeros teatros donde se presentaron Angelo y su hermana Teresa fueron los cafés y los círculos de Turin y de algunas otras ciudades del Piamonte y de la Lombardia; así lo confiesan hoy sin vergüenza y sin vanidad, bien que debería ser para ellos un título de orgullo y de gloria.

Ya los artistas se habian conquistado una reputacion local; ya su nombre se hallaba en la boca de todos los aficionados á la música, cuando tuvo lugar esta anécdota:

Una noche que Angelo y Teresa tocaban en el Cafe Nacional de Turin, un hombre que les escuchaba con la mayor atencion, se acercó á ellos y les dijo:

— ¿Conoceis la música?

— Sí, señor, respondió Angelo.

— ¿Y sabeis leerla?

— Seguramente, contestó Teresa, la leemos.

— ¿Me permitís que ponga á prueba vuestro saber?

Los niños consintieron, y entonces el desconocido les presentó un papel de música, pidiéndoles que tocaran aquella pieza.

Teresa y su hermano ejecutaron la composicion, que era un fragmento de la partitura de *Guillermo Tell*.

Completamente satisfecho, el desconocido dijo á los concertistas:

— Cesareis de tocar en los cafés; porque os está reservada una suerte mas digna. Dios os ha concedido el genio de la música: seguid la via que su mano os ha trazado, y estudiad con ahinco las obras de los grandes maestros que igualareis un día.

El desconocido que los daba estos consejos era Ferrari, un maestro muy célebre en Italia.

Por desgracia faltábales aun á los jóvenes artistas un hombre que les sirviera de guía, cuando este se presentó en la persona de un artista francés M. Mauciere, que habia dirigido con anterioridad los estudios de las señoritas Virginia y Carolina Ferni, violinistas bastante notables.

M. Mauciere les indicó la senda que los ha conducido á la celebridad de que disfrutan.

El violin, segun una tradicion muy antigua, es un invento del diablo; pero hay en contra de esta tradicion una leyenda alemana, de origen no menos remoto, en la cual se dice que la invencion fué de un santo, y que tuvo lugar mucho antes de que santa Cecilia cantara en el órgano las alabanzas del Señor.

¿Dónde está la verdad? ¿En la tradicion ó en la leyenda? La cuestion no se ha resuelto hasta el dia.

Hay sin embargo un hecho real, incontestable, á saber, que el violin es un instrumento de poderío ilimitado, que manifiesta las pasiones mas encontradas y mas profundas del hombre, el amor y el odio, el dolor y la alegría, la risa y las lágrimas, cuando se halla en manos de un artista de inspiracion y de talento.

En prueba de ello citaremos el hecho siguiente:

Varios jóvenes se divertian con mucha algazara un domingo en un café piamontés, en tanto que Angelo y Teresa ejecutaban una sinfonía concertante de Alard.

Cuando los dos concertistas se llegaron á la mesa donde estaban los jóvenes alborotados, uno de ellos mirando á Angelo con ironía le dijo:

— Toda clase de música me hace reir; pero te confieso que Meneghino me divierte mas con sus gracias que tu hermana y tú con vuestras sempiternas florituras.

Angelo no respondió; pero en cuanto acabó de pedir por las mesas, se acercó otra vez adonde estaban los jóvenes con su hermanita, á quien habia dicho algunas palabras al oído, y entrambos comenzaron de nuevo á tocar el violin.

Todas las personas que se hallaban en la sala prestaron muy luego la mayor atencion sorprendidas al oír las melodías melancólicas y tiernas que el jóvea violinista sacaba de su instrumento. Habriase dicho que el alma de Werther se habia despertado bajo la inspiracion ardiente del artista.

Angelo hacia oír una queja prolongada, un sollozo de dolor, y respondia el violin de Teresa.

Al concluirse la tocata, los oyentes conmovidos se enjugaron los ojos, y entre ellos se contaba aquel jóvea que preferia las gracias de Meneghino al talento de Angelo. Entonces, dominado por un impulso de generosidad y de arrepentimiento por lo que habia dicho, se apoderó de la bolsa que llevaba Teresa, y despues de haber echado en ella todo cuanto dinero tenia, dió una vuelta á la sala pidiendo en favor del artista que por toda venganza habia sabido hacerle llorar.

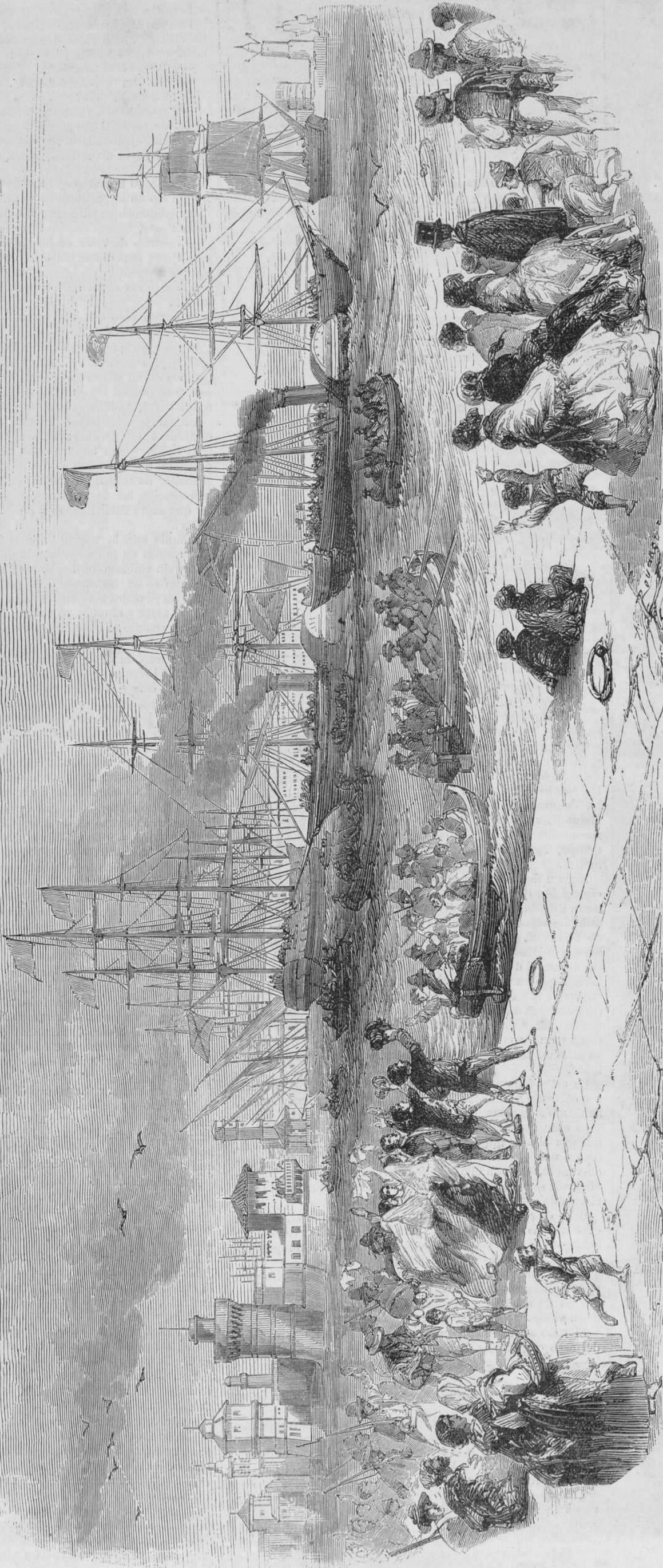
Angelo y su hermana poseen el genio artístico en grado tan eminente, que se ignora qué es lo que mas hay que admirar en ellos, si las dificultades que vencen con tanta facilidad, ó la expresion, el sentimiento y la vida que su alma trasmite al instrumento siempre dócil al soplo de su inspiracion. Diríase que su alma tiene tesoros inagotables de poesia.

Antes de terminar esta noticia que hemos extractado de un estudio sobre Angelo y Teresa Ferni, escrito por M. Decourcelles, queremos señalar otro hecho tan honroso para los dos violinistas italianos como para uno de sus mas ardientes admiradores.

Era en Turin. — Despues de un concierto en el que habia habido una espléndida ovacion, con coronas, sonetos y flores, el conde de Castellani-Fantani, generoso Mecenas y dilettanti ilustrado, quiso dar á los artistas una prueba evidente de su aprecio, y les suplicó aceptasen á título de recuerdo dos violines asombrosos, uno de Guernarias y otro de Amati.

Con estos instrumentos preciosos ejecutan hoy en Paris Angelo y Teresa Ferni las admirables composiciones de Alard, Beriot, Vieuxtemps y Bazzini, que conmueven y arrebatan irresistiblemente al auditorio por la fuerza de la expresion y del sentimiento unidos á la perfeccion del conjunto.

Acaba de morir un hombre muy original, perteneciente á la nobleza, que empleó, digámoslo así, su vida toda en satisfacer una manía que devoró poco á poco su fortuna. La baratura de las cosas ejercía sobre este señor marqués una atraccion irresistible: no miraba ni la clase ni la calidad de los objetos; con tal que fuesen baratos los compraba. Así es que su casa era un museo donde se veian las cosas mas extrañas, mas heterogéneas y mas inútiles; no se sabia dónde poner los pies, porque todas las habitaciones, las escaleras, la cueva y hasta el jardin se hallaban obstruidos con prendas y tras-



EMBARQUE DE VOLUNTARIOS PARA EL EJÉRCITO DEL REY DEL PIEMONTE, EFECTUADO EN LIORNA, EL 4 DE ABRIL DE 1859.

tos, la mayor parte de ningún valor y ninguno de uso.

Sin ser cazador compraba escopetas á montones, que se estropeaban por todos los rincones.

No fumaba, y sin embargo poseía una colección de pipas como no se ve en ningún estanco.

Si atravesaba por el mercado, se traía á casa un cargamento de aves, frutas y legumbres que los criados tenían que arrojar á la calle.

Cuando le reprendían por estas locuras, respondía invariablemente :

— ¿Qué queréis? ¡Era tan barato!

Un día compró dos parejas de caballos que hubo que revender porque no tenía lugar donde ponerlos.

Otro día compró una carga de piedra como si tratara de construir algún edificio.

Su biblioteca estaba llena de libros escritos en todas las lenguas vivas y muertas que ni el marqués ni sus amigos abrían jamás.

Y el mérito de todo esto se hallaba únicamente en su baratura.

El marqués había recogido á una sobrina huérfana que educó en un colegio por un precio ínfimo. Afortunadamente la jóven se instruyó despues, porque en el colegio no había aprendido nada.

Muy generoso, á pesar de su manía, el marqués colmaba de regalos á su sobrina. Pero ¡qué regalos! Piezas de tela que habían pasado de moda, sombreros del año anterior y cosas por el estilo.

Un jóven honrado y laborioso se enamoró de la niña, la pidió en matrimonio, y el marqués otorgó su consentimiento prometiendo una dote que el futuro necesitaba para dar mayor extensión á una pequeña industria que ejercía.

Pero en esto se presentó un caballero de industria que comenzando por adular al marqués acabó por decirle :

— El futuro yerno no me parece un hombre desinteresado. Si yo tuviera la dicha de agrandar á su sobrina de Vd. no pediría nada.

Estas palabras dieron en qué pensar al marqués, y al cabo de pocos días se puso serio con el primer novio. Este descubrió la intriga, y ayudado por la jóven, logró desenmascarar al caballero de industria y apresuró la boda.

El marqués se dió por satisfecho al principio; pero luego comenzó á tener sus dudas, y hasta el día de su muerte pensó que no le había salido bien la cuenta con aquel matrimonio que le había costado dinero.

La última de sus locuras fué la adquisición de una gran casa de campo á poca distancia de París, pero mal situada en medio de una especie de desierto y en tierra mal sana.

— No permitiré que habite Vd. en esa casa, le dijo su sobrina.

— Entonces la alquilaremos.

— Mas valía no haberla comprado.

— Es verdad; pero la vendían casi por nada, y á mí me gusta aprovechar tales ocasiones.

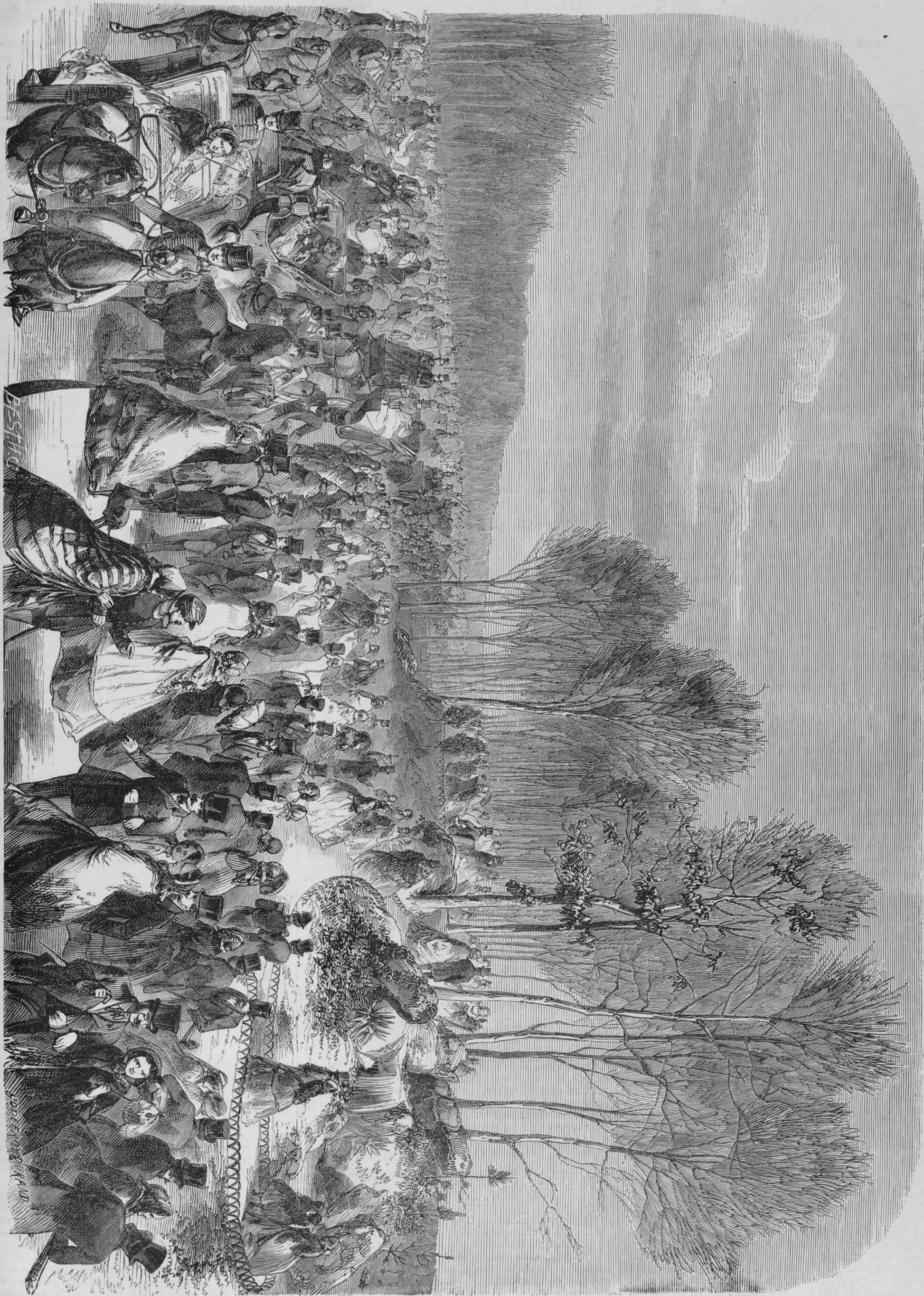
Nadie quiso tomar semejante habitación, y el marqués debió venderla casi por el valor de los materiales.

Al llegar aquí su ruina estaba consumada. El marqués, sin recursos ya para proseguir sus compras extravagantes, cayó en una melancolía profunda, que le produjo una enfermedad que ha sido causa de su muerte.

Todo lo que había en su casa, es decir, las compras de tantos años, apenas han producido en venta lo suficiente para darle la sepultura debida á su clase.

Terminaremos con dos palabras de explicación sobre los dibujos que se ven en estas dos páginas. El primero representa una de las escenas preliminares de la guerra que se prepara en el territorio italiano : es un embarque de voluntarios para el ejército del rey del Piamonte, que se efectuó en Liorna el 4 de abril, episodio heroico de la agitación belicosa de la Italia en los momentos actuales.

El segundo es una vista del paseo llamado de Longchamps en el bosque de Boulogne en la tarde del viernes santo. Ya saben nuestros lectores la historia de esta costumbre parisiense; las modas de la primavera se inauguran ese día con toda solemnidad en ese paseo, que fué en su origen una especie de romería religiosa, y que hoy es una fiesta enteramente profana.



EL PASEO DE LONGCHAMPS EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

CARMOSINA

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

LA REINA.

No; á menos que os importune mi presencia. Me han dicho que estais mala.

CARMOSINA.

Un poco, señora.

LA REINA.

No se creería.

CARMOSINA.

El mal que padezco no siempre está á la vista, aunque no me abandone un solo instante.

LA REINA.

A vuestra edad no podría ser muy peligroso.

CARMOSINA.

En todo tiempo Dios hace lo que quiere.

LA REINA.

Y yo estoy segura de que no quiere males para vos. — Pero temiendo cansaros, voy á precisar mis preguntas, y os pido que me digais la verdad. Habeis sido educada con ese jóven y le conocéis desde su infancia: ¿es un hombre honrado y de corazón?

CARMOSINA.

Así lo creo; pero no sé si le juzgo mal.

LA REINA.

Confío en vos.

CARMOSINA.

¿Y de qué proviene la honra que me dispensais? No comprendo que sin conocerme...

LA REINA.

Os conozco, hija mia, y en prueba de que tengo confianza en vos voy á dirigiros una pregunta á la cual me responderéis con franqueza. Sois hermosa, jóven y rica; si ese jóven de que hablamos pidiera vuestra mano, ¿os casaríais con él?

CARMOSINA.

Señora...

LA REINA.

Suponiendo que estuviera libre vuestro corazón y que ningun compromiso se opusiera á esa alianza.

CARMOSINA.

¿Puedo saber, señora, con qué fin me haceis esa pregunta?

LA REINA.

Es que cuento entre mis amigas una jóven hermosa como vos, de vuestra edad, y que como vos no disfruta de la mejor salud; padece una melancolía hija de alguna pesadumbre secreta que disimula; pero quisiera casarla, si es posible, y llevarla á la corte para distraerla, pues vive en la soledad, y no podeis figuraros el peligro que envuelve el aislamiento para una cabeza jóven que se exalta, que se alimenta de deseos y de ilusiones, que toma por esperanzas los sueños, y que buscando lo imposible, desdeña muy á menudo la felicidad verdadera.

CARMOSINA.

Sí, es muy cruel.

LA REINA.

¿Cuántas he visto así, jóvenes, nobles y virtuosas, que han perdido su juventud y á veces su vida por haber guardado tales secretos!

CARMOSINA.

¿Se puede perder la vida?

LA REINA.

Ciertamente, y los que lo niegan ó se burlan no han sabido jamás lo que es amor ni en sueños ni de otro modo. Un hombre tiene otra defensa. La reflexion, el valor, la fuerza, el hábito de la actividad, sobre todo el oficio de las armas, deben salvarle; pero ¡una mujer! Privada de lo que ama, ¿dónde está su apoyo? Si tiene valor, ¿dónde está su fuerza? Si tiene un oficio, aunque sea el mas duro, aunque sea el que exige mas aplicacion, ¿quién puede decir dónde está su pensamiento mientras sus ojos siguen los movimientos de la aguja?

CARMOSINA.

¡Ah! ¡Me hechiza vuestra palabra!

LA REINA.

Y pienso lo que digo. Por no tener que compadecerme, no quieren creer en nuestras penas. Y sin embargo son bien positivas, y tanto mas profundas cuanto que nos obligan á ocultarlas porque se rien de ellas; nuestra resignacion es hija del pudor: no queremos que toquen á ese velo que nos cubre: de dia en dia nos acostumbamos á nuestro dolor, nos abandonamos á

él, le amamos... ¡amamos la muerte!... Por estas razones desearia yo salvar á mi pobre amiga.

CARMOSINA.

¿Y pensais en casarla?

LA REINA.

Sí.

CARMOSINA.

¿Ama á Perillo?

LA REINA.

No, hija mia, no es á él; pero si es tal como me le han pintado, ¿no haria feliz á su esposa?

CARMOSINA.

¡Feliz cuando ama á otro!

LA REINA.

No respondeis á mi primera pregunta. ¿Os parece que Perillo es digno en efecto de que se le confie la felicidad de una mujer? Contestadme, hija mia.

CARMOSINA.

Pero, señora, si ella ama á otro, tendrá que olvidarle antes.

LA REINA, aparte.

Nada alcanzaré. (*Alto*) ¿Porqué olvidarle? ¿Quién se lo pide?

CARMOSINA.

Creo que casándose...

LA REINA.

Proseguid la idea.

CARMOSINA.

Comete un crimen, porque no puede dar todo su corazón, toda su alma...

LA REINA.

No estais bien enterada... pero temo...

CARMOSINA.

Hablad por Dios... me interese mucho por vuestra amiga.

LA REINA.

Pues bien, suponed que el hombre á quien ama ó á quien cree amar, no puede ser suyo; suponed que sea un hombre casado...

CARMOSINA.

¿Qué decis?

LA REINA.

Mas aun; imaginaos que es un gran señor, un príncipe; que el rango que ocupa, que su alto nombre son obstáculos invencibles... figuraos que es el rey...

CARMOSINA.

¡Ah! ¿Qué estais diciendo?

LA REINA.

Figuraos que la hermana de este príncipe, ó su esposa si quereis, se halla instruida de ese amor secreto, y que lejos de sentir contra ella celos ni aversion, haya emprendido la obra de consolarla y persuadirla, de servirle de apoyo, de sacarla de su retiro, para darla un puesto á su lado en el palacio mismo de su esposo; figuraos que la parece muy sencillo que ese esposo victorioso, el caballero mas bizarro de su reino, haya inspirado un sentimiento que todo el mundo comprenderá sin trabajo; figuraos que no tiene ninguna desconfianza, ningun temor de su jóven rival, no porque injurie su hermosura, sino porque cree en su honor y su firmeza; suponed, en fin, que se le antoje que esa criatura que se ha atrevido á amar á tan gran príncipe, se atreva á confesarlo, para que ese amor tristemente oculto en la soledad, se purifique declarándose, y se ennoblezca por su causa misma...

CARMOSINA, doblando la rodilla.

¡Ah! Señora, ¡sois la reina!

LA REINA.

Ya veis, hija mia, que no os digo que olvidéis á Don Pedro.

CARMOSINA.

Le olvidaré si la muerte puede hacer olvidar, no lo dudeis, Señora. Vuestra bondad es tan grande que me penetra de admiracion, de respeto y de gratitud; pero tambien me abruma, me confunde... me da á conocer que soy indigna de ella... Perdonadme, no puedo hablar... permitidme que me retire, que me oculte á la vista de todos.

LA REINA.

Calmaos, hija mia. ¿He dicho alguna cosa que os espante?

CARMOSINA.

No, no es eso... Pero ¡Dios mio!... ¡Vos aquí, la reina!... ¿Cómo habeis podido saber?... ¡Minuccio me ha vendido!... ¿Y teneis valor para mirarme á la cara?... ¿Y me tendéis la mano?... ¿No me creéis loca?... Yo, la hija de maese Bernardo, he osado poner los ojos... ¿No veis que mi demencia es un crimen y que debeis castigarme?... ¡Ah! sin duda alguna lo estais viendo; pero teneis compasion de una infortunada que ha per-

dido el juicio, y no quereis que la pobre loca vaya al fondo de un calabozo ó sirva de juguete y de risa al público...

LA REINA.

¡En qué pensais, justo cielo!

CARMOSINA.

¡Ah! mereceria ser tratada de esa manera si me hubiera hecho ilusiones un solo instante, si mi amor hubiera sido otra cosa que un dolor continuo. Dios que lo ve todo sabe que al momento mismo en que le amé, tuve muy presente que era el soberano. Dios sabe igualmente que lo he probado para arrancar de mi corazón esta flaqueza, para ahuyentar de mi memoria lo que me es mas caro que la vida. ¡Ay! Sin duda sabeis, Señora, que en este mundo nadie responde de su corazón, nadie elige la persona amada. Creedme, os lo suplico con las manos juntas; creed que no ha entrado en mi alma ni esperanza, ni orgullo, ni la menor ilusión. . . á pesar de mis esfuerzos, á pesar de mi razon y aun á pesar de mi orgullo, me he visto implacablemente abatida por un poder invencible, que ha hecho de mí su juguete y su víctima. Nadie ha contado mis noches, nadie ha visto mis lágrimas... ¡Ah! nunca creí tener valor para explicarme... Es cierto que cuando sentí que venia la muerte tuve el deseo de no morir sin una despedida... no tuve fuerzas para llevarme al sepulcro un secreto que me devoraba... Ese secreto era mi vida, y mi vida le he enviado. Esta es mi historia; queria que la supiera y morir luego.

LA REINA.

Pues bien, hija mia, la sabe; él mismo me la ha contado, no ha sido Minuccio.

CARMOSINA.

¿Cómo! El rey...

LA REINA.

El rey es quien me lo ha dicho todo. Vuestra gratitud hacia mí era excesiva. El rey quiere que tengais ánimo, que olvidéis y que seais dichosa. Yo solo os pedía un poco de amistad.

CARMOSINA, con voz débil.

¿El rey quiere que yo tenga ánimo?

LA REINA.

Sí, os he repetido sus propias palabras.

CARMOSINA.

¡Sus propias palabras!... ¿Y que olvide?

LA REINA.

Lo desea.

CARMOSINA.

¿Lo desea! ¿Y que sea dichosa?

LA REINA.

Sí; para ello haremos cuanto esté en nuestra mano.

CARMOSINA.

¿Y que me case con Perillo? Me lo habeis propuesto... pues ahora lo comprendo todo... vuestra jóven amiga era yo.

LA REINA.

Sí, érais vos; en prenda de mi amistad os envié esa sortija, ¿no os lo ha dicho Minuccio?

CARMOSINA.

¡Habeis sido vos!... Mil gracias... obedeceré... (*Cae sobre el banco.*)

LA REINA.

¿Qué teneis, hija mia? ¡Gran Dios! ¿Qué palidez!... voy á llamar...

CARMOSINA.

No, no es nada, perdonadme...

LA REINA.

¿Os he afligido? Me haríais creer que he hecho mal en venir aquí, y en hablaros...

CARMOSINA, levantándose.

Tan lejos de mí está esa idea, que aun me cuesta trabajo comprender que la bondad humana pueda inspirar una generosidad igual á la vuestra... ¡Cómo! ¡Creei yo que habeis hecho mal en venir, cuando sois mi soberana, cuando deberia hablaros de rodillas!... ¡Cuando al veros en mi presencia me pregunto si todo no es un sueño!... ¡Ah! Señora, no habria palabra para calificarme si no os agradeciera de todo corazón lo que habeis hecho... Obedeceré... quiere que le olvide, ¿no es verdad?... Decidle que le olvidaré.

LA REINA.

Me habeis comprendido mal, ó yo no he sabido explicarme. Soy vuestra reina, es cierto, pero si solo quisiera vuestra obediencia, no nabria venido... ¿Quereis oirme por última vez?

CARMOSINA.

Sí, Señora; veo que todo el mundo conoce el secreto que era mi dolor, pero que era al mismo tiempo mi único bien en este mundo. El rey me desprecia... ya su-

ponia que así debía ser, pero no estaba bien segura de ello. Ha contado mi triste historia, y cantarán mi romanza á la mesa delante de sus caballeros y sus barones. Esta sortija no me la ha dado él; y sin embargo, Minuccio me habia permitido creerlo. Ahora nada me queda, ni aun mi dolor me pertenece... Hablad, Señora, todo lo que puedo deciros es que me veis resignada á obedecer... ó á morir.

LA REINA.

A eso justamente queremos oponernos, y voy á decir lo que deseamos. Oídme pues; el rey quiere que volvais á la vida, pues con fundamento ve que sería lástima que tan hermosa criatura viniese á morir de tan hermoso amor... son sus propias palabras. — ¿Esto llamais desprecio? — Yo soy quien quiere llevaros á la corte para que esteis á mi lado con mis camaristas, que son todas amigas mías; yo soy quien quiere que para olvidar ese amor veais á Don Pedro todos los días; yo soy, Carmosina, quien quiere enseñaros que se puede amar sin sufrir, cuando se ama noblemente; que solo la vergüenza ó el remordimiento deben ser causa de tristeza, pues la tristeza es propia del culpable, y no hay culpa ninguna en vuestro pensamiento.

CARMOSINA.

¡Gran Dios!

LA REINA.

Yo soy quien quiere daros un esposo digno de vos, quien quiere que un hombre leal, honrado y animoso os dé la mano para entrar en mi aposento; que sepa como yo, como todo el mundo, el secreto de vuestro dolor pasado, y que os crea fiel fiado en mi palabra... así deseo que se cure vuestro corazón, que vuestro amor se apague, por la amistad de vuestra reina y por la estimación de vuestro esposo que os hará dichosa... Escuchad... ¿no se oye un ruido de clarines?

CARMOSINA.

Es el rey que sale de palacio.

LA REINA.

¿Cómo lo sabeis?

CARMOSINA.

Vivimos tan cerca... estamos acostumbrados á oír ese ruido.

LA REINA.

Con efecto, es el rey y viene hasta aquí.

CARMOSINA.

¡Dios mío!

LA REINA.

Viene á buscarnos á las dos. ¿Oís también las campanas?

CARMOSINA.

Sí; y detrás de la verja veo una inmensa muchedumbre que se dirige al templo... ¡Ah!... ¡ya caigo!... es día de fiesta... ¡Cómo corren por todos lados! ¡Ah! ¡mi sueño!... ¡veo mi sueño!...

LA REINA.

Es la hora de la bendición.

CARMOSINA.

Sí; en este momento el sacerdote está en el altar y todos se inclinan... Se vuelve hácia la muchedumbre... y en sus manos tiene la imagen del Salvador... la eleva... ¡Perdonadme! (Se arrodilla.)

LA REINA.

Oremos juntas, hija mía; pidamos á Dios la respuesta que vais á dar á vuestro rey. (Se oye de nuevo el sonido de los clarines. Los escuderos y los hombres de armas se paran en la verja y el rey aparece luego.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL REY, PERILLO, á su lado, MAESE BERNARDO, FRANCISCA, VESPASIANO, MINUCCIO.

EL REY.

Buen jardín, cómodo y agradable.

BERNARDO.

Sí, Señor, es cómodo, y en efecto...

EL REY.

¿Dónde está vuestra hija?

BERNARDO.

Aquí, Señor, delante de V. M...

EL REY.

¿Es casada?

BERNARDO.

No, Señor... todavía no... es decir, si V. M...

EL REY.

¿Sois vos, linda señorita, la que se halla enferma y de peligro? En la cara no se diría.

BERNARDO.

Ha estado enferma y lo está aun de gravedad. Es verdad que desde esta mañana la mejoría es notable.

EL REY.

Me alegro. A fe mía sería lástima que se desgraciara tan bonita joven. (A Carmosina.) Acercaos.

VESPASIANO, á Minuccio.

Ya veis lo que os he dicho. Mi asunto se arregla...

MINUCCIO.

Nada de eso; es una consulta... el rey es un gran médico.

EL REY, á Carmosina.

Estais temblando... ¿Desconfiais de mí?

CARMOSINA.

No, Señor.

EL REY.

Pues bien, dadme la mano... ¿Cómo se entiende?... Vos, tan joven y hecha para regocijar el corazón de los demás, os dejais dominar por las penas? Os pedimos, por nuestro amor, que tengais ánimo, para que podais curar luego.

CARMOSINA.

Señor, la causa de mi mal está en la escasez de mis fuerzas para soportar una gran pesadumbre. Puesto que os compadeceis de mí, creo que Dios me libertará de mis padecimientos.

EL REY.

Está bien; pero eso no es bastante; teneis que obedecerme en otra cosa: ¿os han hablado ya?

CARMOSINA.

Señor, me han dicho toda la bondad y la compasión que se dignaban tener...

EL REY.

¿Nada más? (A la reina.) ¿Es cierto?

LA REINA.

Algo calla.

EL REY.

Hermosa Carmosina, hablaré como rey y como amigo. El amor que nos teneis nos honra; y el que en cambio os tenemos nos inspira la idea de daros por nuestra propia mano el esposo que os hemos elegido. (Hace una señal á Perillo que se adelanta y se inclina.) Aceptado este esposo, queremos llamarnos siempre vuestro caballero; y llevaremos en los torneos vuestra divisa y vuestros colores, sin pedirnos otra cosa que un solo beso, en pago de nuestra promesa.

LA REINA.

Dásele, hija mía, no soy celosa.

CARMOSINA, dando su frente á besar al rey.

Señor, de mí responde la reina.

FIN DE CARMOSINA.

¿QUIÉN PUEDE ESTAR EN TODO?

PROVERBIO

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

PERSONAJES.

EL MARQUÉS DE VALBERG.

EL BARON.

GERMAN.

LA CONDESA DE VERNON.

VICTORIA, doncella de la condesa.

(La escena es en el campo.)

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, GERMAN.

EL BARON.

¿Dices que mi sobrino no está aquí?

GERMAN.

No, señor; le he buscado por todas partes.

EL BARON.

Parece imposible; son las cinco en punto; ¿no estamos en el aposento de la condesa?

GERMAN.

Sí, señor; ahí está su piano.

EL BARON.

¿Mi sobrino no está ya enamorado de ella?

GERMAN.

¡Oh! señor; como siempre.

EL BARON.

¿No viene á verla todos los días?

GERMAN.

No hace otra cosa.

EL BARON.

¿Ha recibido mi carta?

GERMAN.

Esta mañana.

EL BARON.

Pues debe estar aquí, porque no le he hallado en su casa; le dije que saldría de París á la una y cuarto, y que por consiguiente me hallaría en Montgeron á las tres; Montgeron dista de aquí dos leguas y media, con que pongamos cinco cuartos de hora, suponiendo que esté malo el camino...

GERMAN.

Lo que no es.

EL BARON.

Ciertamente. Saliendo á las tres de Montgeron y haciendo una visita á M. Duplessis, debía encontrarme en esta casa lo mas tarde á las cinco. Yo le dije todo esto con la mayor exactitud. Ahora bien, son las cinco y pocos minutos; ¿no eran justos mis cálculos?

GERMAN.

Justísimos, pero mi señor no está aquí.

EL BARON.

Al menos habrá hecho sus preparativos.

GERMAN.

¿Qué preparativos?

EL BARON.

Sus cofres.

GERMAN.

No lo creo.

EL BARON.

Sin embargo, le habia enviado á decir que la gran duquesa habia parido, la duquesa de Sajonia Gotha; es un acontecimiento importante.

GERMAN.

Ya lo creo.

EL BARON.

Le escribí que M. Desprez habia venido á visitarme anteayer noche. M. Desprez llegaba de Saint-Cloud á noticiarme que el ministro me suplicaba pasara á verle al otro día de mañana. Me disponia á obedecer la orden, cuando supe que el ministro estaba en Compiègne adonde habia acompañado al rey, y por consiguiente fui á Compiègne. Como sabia de qué se trataba, ya conoces que no debía perder tiempo.

GERMAN.

Sin duda alguna.

EL BARON.

El ministro habia salido de caza, y M. de Gercourt me llevó en secreto á los aposentos particulares; — el rey acababa de salir para Fontenbleau.

GERMAN.

¿Qué contratiempo!

EL BARON.

No; especifico las cosas para que veas cuán puntual soy yo.

GERMAN.

Eso es sabido.

EL BARON.

La puntualidad es en este mundo la primera de las buenas cualidades; hasta se puede decir que es la base de todas las demás. German, nada es de peor efecto que el llegar en un momento inoportuno, y si no que lo diga aquel famoso diplomático que llegó tarde á la muerte de su príncipe y encontró á la reina recogiendo los rizos; así se pierden los mas grandes talentos, y ha habido hombres gloriosos en las batallas y en los gabinetes que perdieron su fortuna por no tener un reló exacto. ¿El tuyo anda bien, amigo mío?

GERMAN.

Continuamente le pongo á la hora.

EL BARON.

Muy bien, te diré pues, que habiendo encontrado en Compiègne á la marquesa de Morivaux, que me dió un puesto en su carruaje, supe que me habian engañado con noticias inexactas, y que el ministro volvía á París. S. E. me recibió á las dos y media y tuvo la bondad de anunciarme que la gran duquesa de Gotha habia parido, como te he dicho ya, y que el rey habia elegido á mi sobrino para que fuera á felicitarla.

GERMAN.

¿A Gotha?

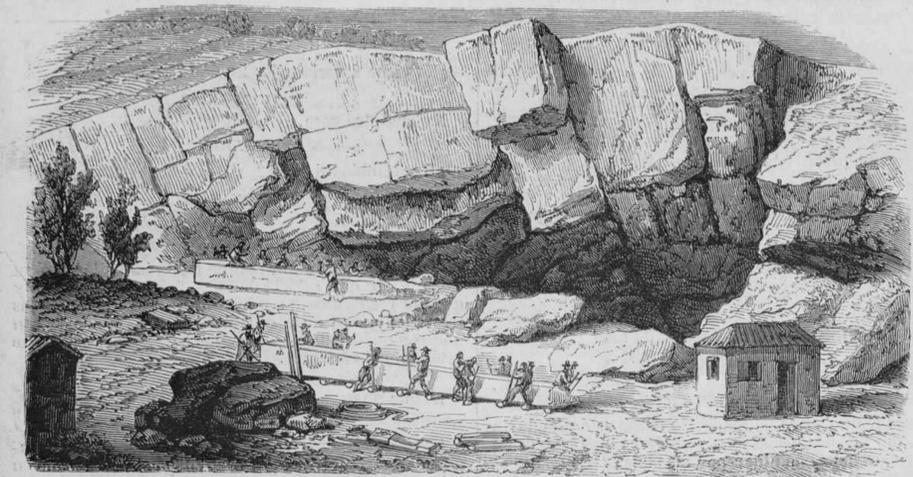
EL BARON.

Sí; es un gran honor para tu amo.

GERMAN.

Es verdad; pero ha salido.

(Se continuará.)



LA CANTERA DE GRANITO DE COLOR DE ROSA DE BAVENO. (Estados sardos.)

Los obeliscos de la villa Torlonia.

Los monolitos con que se han embellecido algunas capitales del mundo como Paris, Londres y sobre todo Roma que encierra once en sus muros, son producto de aquellas gigantescas obras que la civilizacion egipcia parecia haber monopolizado, hasta el dia en que un simple ciudadano de Roma, el principe Torlonia, que hace un uso espléndido de su riqueza, concibió el noble pensamiento de probar que la Italia moderna podia rivalizar en genio y en recursos con el antiguo Egipto.

Existe en los Estados sardos una aldea llamada Baveno, en la orilla occidental del lago Mayor, cerca del camino del Simplon, aldea habitada por algunos pescadores, que da su nombre al monte que la domina y cuyos flancos encierran inmensas rocas de granito, de donde se cree que san Carlos Borromeo sacó sus materiales para la construccion de la vasta iglesia metropolitana de Milan.

El viajero que llega a la cumbre de ese monte, se halla recompensado del cansancio de la subida por un espectáculo admirable; las montañas próximas cubiertas de nieve se destacan mas claras en el horizonte que limitan por todas partes; por un lado se elevan las rocas de Baveno, y por el otro las de Laveno que parecen estar á punto de precipitarse en el lago en cuyas aguas se reflejan. En lontananza á la derecha se distingue la montaña de Nuestra Señora del Monte, cerca de Varese, cuya tinta azulada se pierde en los vapores de la atmósfera. Por último, el espectador distingue á sus pies la confluencia de las tres sinuosidades del lago incesantemente surcado de barquillas ligeras, y contempla las islas encantadas á que ha dado su nombre san Carlos Borromeo.

De Baveno sacó el principe Torlonia los dos obeliscos con que quiso adornar su suntuosa morada.

El granito de Baveno es de color de rosa como el de Egipto; se compone de granos microscópicos de cuarzo blanco, de feldspato rojo y de mica negro que forman venas mas ó menos marcadas; los obeliscos arrancados de esa cantera, tienen el mérito de ser enteramente del mismo color, lo que es muy difícil de obtener aun tratándose de piezas pequeñas. Ese granito se pulimenta bien, y su peso específico comparado con el de Egipto, no presenta mas que una diferencia casi nula.

A 246 metros sobre el nivel del mar, la mina hizo saltar de la roca dos masas enormes que con esfuerzos inauditos fueron arrastradas despues al punto donde con

mas facilidad pudieron trabajarlas para que tomaran la forma piramidal; entonces las colocaron bajo unos grandes maderos que hicieron rodar hasta las orillas del lago á 3,700 metros de las canteras, y por último las embarcaron en dos lanchas que bajaron el Tesino y las llevaron por el gran canal á Milan, donde despues de haber hecho un trayecto de 98 kilómetros, fueron por fin desembarcadas para recibir su forma definitiva.

Hé aquí la dimension de cada obelisco: La altura es de 10 metros 277 milímetros; los cuatro lados de la base tienen cada uno 1 metro 117 milímetros que se reducen por arriba á 67 centímetros. La solidez y el peso de cada obelisco consisten en 8 metros 510 centímetros, 475 milímetros cúbicos, con 22,187 kilogramos 830 gramos.

Concluida aquella obra, los dos obeliscos que por su altura y peso figuran en novena linea entre los monolitos egipcios de Roma, fueron embarcados de nuevo en las mismas lanchas, y mediante una segunda navegacion de 300 kilómetros llegaron por fin á Venecia.

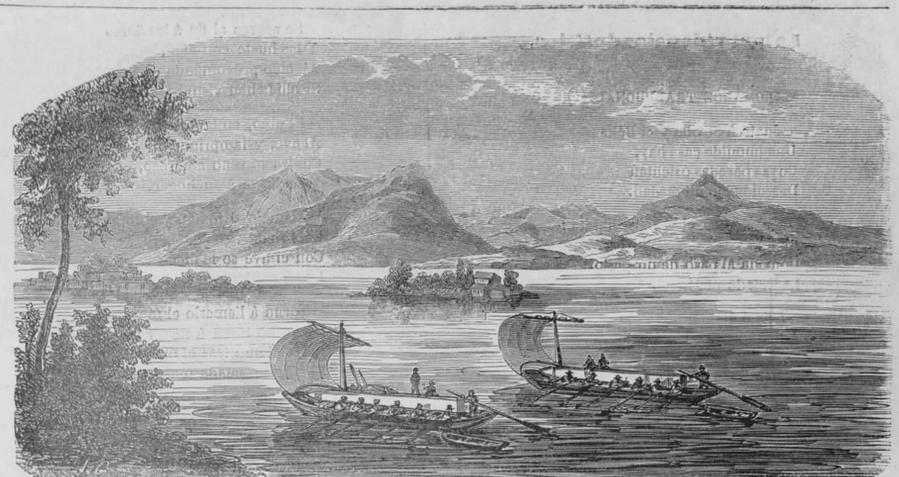
Esas obras de extraccion, de embarco y desembarco, esa navegacion tan larga, dan ya una gran idea de la empresa del principe Torlonia, y sin embargo, todo esto era muy poco en comparacion de las dificultades que habia que vencer todavia.

en el canal Fiumicino que conduce á Roma. Las aguas de ese canal tenían entonces 1 metro 78 centímetros, justo lo que necesitaba el *Afortunado* que al otro dia, remolcado por búfalos, subió hasta la escalera de San Pablo á 35 kilómetros de la embocadura del canal en el Tiber.

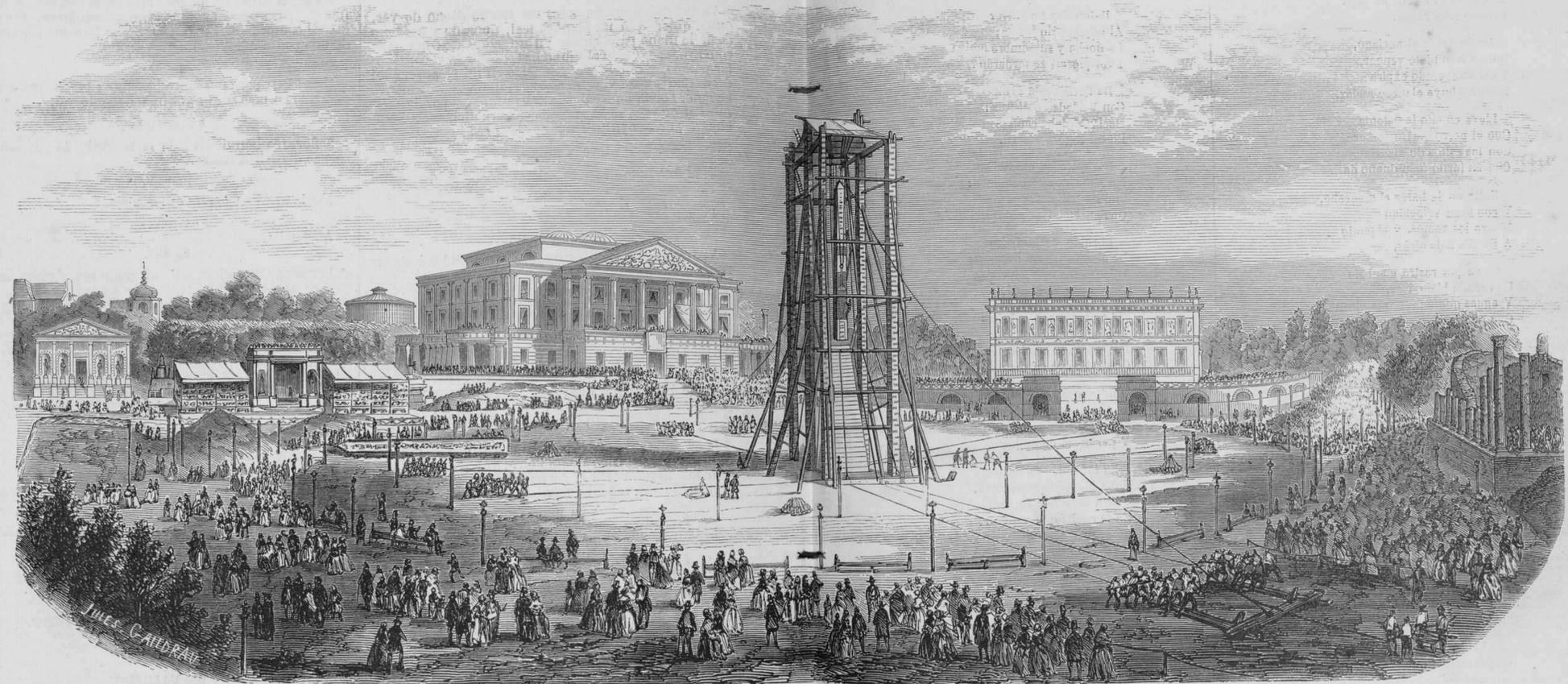
El viaje se hacia mas difícil cada vez; se discutió sobre si se debía intentar el trasporte por tierra ó continuarle por agua, y al fin vino á prevalecer este último partido.

Despues de haber atravesado la ciudad de Roma, era preciso subir el Teverone, cuyo cauce, que apenas tiene mas de un metro en ciertos puntos, se halla sembrado de obstáculos naturales y de construcciones hidráulicas.

El intrépido capitán Cialdi no se desanima; explora el trayecto y persiste en su propósito; una crecida le favorece y la aprovecha. El *Afortunado*, que en el intervalo habia llegado á Ripa Grande, sube con la ayuda de búfalos y de cuerdas hasta el puente de Sixto y luego sale del recinto de Roma, cerca de la via Flaminia, en medio de los curiosos ávidos de contemplar el espectáculo de una navegacion semejante. A pesar de una crecida que amenazaba oponer una gran resistencia, el *Afortunado* entró en el Teverone, y en algunas horas llegó al término de su viaje.



TRASPORTE DE LOS OBELISCOS POR EL LAGO MAYOR.



ERECCION DE LOS OBELISCOS EN LA PLAZA DE LA VILLA TORLONIA.

	K.	M.
Suma anterior.	666	240
to de Tarento, Cotrone, fano de Mesina, Gaeta y Fiumicino.	2,225	793
A la escalera de San Pablo.	34	900
A Ripagrande y Renella, cerca del puente de Sixto.	1	372
Al recinto de Roma.	2	735
A la entrada del Teverone ó Aniéné.	3	30
Al término de la navegacion.	3	400
Trasporte por tierra hasta la villa Torlonia.	2	818

Total de las distancias recorridas. 2,880

La velocidad de la locomocion por tierra fué en las partes llanas de 1 metro por minuto y de 70 centímetros en las cuestas.

Tantos esfuerzos y gastos tenían por objeto por parte del principe el alzar un monumento de piedra filial á la memoria de sus nobles padres. Las inscripciones hechas con geroglíficos egipcios compuestos por el docto filólogo Ungarelli y grabadas en las cuatro caras de cada obelisco dicen que *Alejandro Torlonia, duque de Ceri, principe de Civitella Cesí*, dedicó el uno de ellos á *Juan, duque de Bracciano* su padre, y el otro á su madre la *duquesa Ana Maria*. En los pedestales se ven reproducidas las mismas inscripciones en versos latinos.

La ereccion de los monolitos sobre sus bases que tienen mas de 8 metros de altura, se efectuaron bajo la direccion del caballero Nicolás Carnevali, jóven arquitecto que llevó á cabo esta operacion con el mejor éxito, siendo aplaudido por una inmensa muchedumbre de personas de todas categorías, entre las cuales se distinguian en el balcon del palacio el papa Gregorio XVI rodeado de sus cardenales, el rey Luis de Baviera, y el principe y la princesa Torlonia.

Con este motivo el principe dió, no solo á sus ilustres huéspedes sino al pueblo, dos fiestas espléndidas en las cuales desplegó una magnificencia extraordinaria. Despues mandó imprimir en Roma una obra de lujo con la historia en italiano de los dos monolitos desde su extraccion de las canteras de Baveno hasta su ereccion en la villa Torlonia, con todos los detalles técnicos de los procedimientos empleados para alcanzar los fines que se habian propuesto. — De un ejemplar de este libro raro y precioso hemos copiado, en tamaño reducido, las cinco láminas que figuran las fases principales de esta empresa gigantesca.



EL AFORTUNADO CARGADO CON LOS OBELISCOS AL PRINCIPIO DE SU VIAJE.

Alejandro Cialdi, capitán de la marina pontificia, fué encargado de buscar una embarcacion que pudiera navegar en la mar, y que con la carga enorme de los dos monolitos pudiera subir el Tiber, cuya profundidad en tiempo ordinario es solo de 1 metro 34 centímetros á 1 metro 78 centímetros; cuando hubo hallado el buque en el puerto de Civita Vecchia, le dispuso segun sus planes, le dió el nombre de *Afortunado*, y salió para Venecia donde estaban ya los obeliscos.

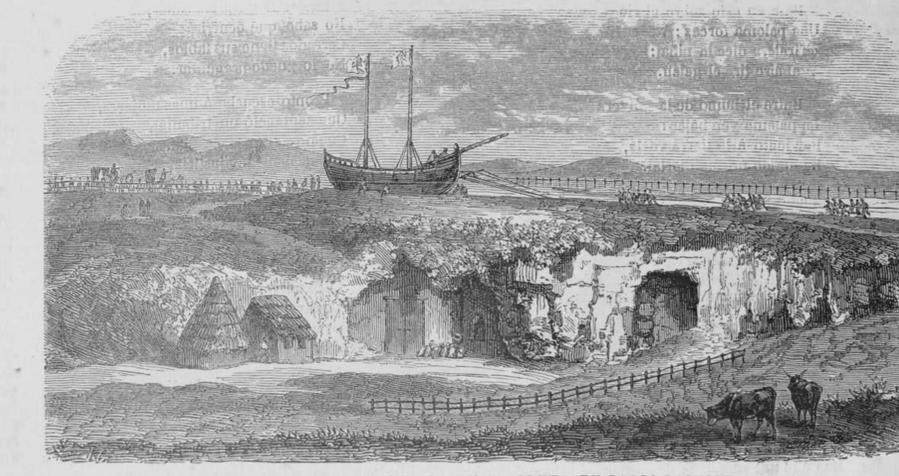
Se quitaron los palos y la cubierta del *Afortunado* para establecer en la cala unos andamios que recibieran sin cansar al buque los dos obeliscos, que efectivamente fueron depositados allí en presencia del comandante de la marina austriaca, de un crecido número de personas de distincion y de una muchedumbre de curiosos. Doscientos cincuenta hombres se emplearon en esta operacion que se efectuó en dos horas y media.

Despues de haber consolidado el cargamento, y despues de haber colocado de nuevo los palos y la cubierta, el *Afortunado* se dió á la vela con un viento favorable que le llevó en cuatro dias á la isla de Meleda cerca de Ragusa, donde le asaltó una furiosa tormenta; sin embargo, restablecida la calma, el *Afortunado* dobló el cabo de Santa Maria cerca de Tarento, donde sufrió otra borrasca; se abrigó en el puerto de Cotrone, pasó por entre los famosos escollos de Caribdis y Scilla, y entró por fin despues de una navegacion de 2,200 kilómetros

Pero aun faltaba algo: el buque con su carga, con su arboladura, su tripulacion y sus cañones debía continuar su viaje por tierra hasta el lugar de la ereccion de los obeliscos; con este fin se colocó una especie de cala bajo el buque á flote todavia, que debía servir para arrastrar por el camino preparado al caso, y cuyo declive era de 9 por 100 sobre un espacio de 60 metros, una masa que se calculaba en 95,000 kilogramos. Los cálculos salieron tan acertados, que en veinte y cinco minutos, el *Afortunado* salió á la orilla, y el 9 de enero de 1840 entraba en la villa Torlonia, en medio de una inmensa concurrencia, al ruido del cañon, de los tambores y las músicas, y con aclamacion de todos los presentes.

Hé aquí el resumen del itinerario que siguieron los dos obeliscos:

	K.	M.
De la cantera de Baveno á la orilla del lago Mayor.	3	700
A Sesto-Calende y Milan.	98	400
A Pavia, Plasencia, Cremona, Guastalla, Ponte di Lagosucro (cerca de Ferrara), y el canal de la Cavanella (cerca de Adria).	380	500
A Chioggia y Venecia.	423	950
A la isla Meleda (cerca de Ragusa), Darazzo, Aulona, cabo Santa Maria de Leuca, gol-	666	250



EL AFORTUNADO PASANDO SOBRE LA GRUTA DE SACCO-PASTORE.

La providencia de Dios.

ROMANCE TRADICIONAL (1).

Junto á Sevilla y el Bétis
Una humilde casa hay,
Cuyas paredes ostentan
Descuidada antigüedad.

Mas dentro el esmero habita:
Limpio y regado zaguan
Convida al paso de un patio
Ladrillado por igual.

Seis ó siete naranjillos
Allí mal creciendo están
Entre claveles que llegan
Un bosquecillo á formar.

Vela de lienzo en lo alto
Se columpia aquí y allá:
Defiende del sol estivo
Que fuego hace respirar.

Tiesto de albahaca pende
De una viga á la mitad:
Matas pobladas de hojas,
Copa espesa por demás.

Esmalte de blancas flores
Y fragancia celestial
Al aire fresco enamoran
Que en torno acude á volar.

Enjaulado un jilguerillo
Sus trinos al viento da,
De reja en reja saltando
Por ver si puede escapar.

Habitan este recinto
Pobreza y felicidad:
Un anciano venerable
Y un nietecillo rapaz.

Amortajado en sus canas
Temblando el buen viejo va,
Siguiendo con piés cansados
Los placeres de otra edad.

Desamorado y travieso
Del niño es el natural:
De su abuelo los regalos
Huye siempre pertinaz.

En una tarde de agosto
Al campo corre á jugar,
Gozando con otros niños,
No lejos, su libertad.

Lo ve el abuelo, sentado
De su casa en el umbral,
Y á cada carrera ó brinco
El alma se va detrás.

Del Bétis corta una barca
El siempre turbio cristal,
Enramada hermosamente
Con tomillo y arrayan.

En la nave canta ronca
Una perdida beldad,
Al son discordes que tañe
En la vihuela un rufian.

Pasa en esto sobre el rio
Una paloma torcaz:
«Tírale,» dice la niña:
Y al aire tira el galan.

Entre el humo de la pólvora
La paloma ven bajar:
Por junto á la tierra vuela,
La herida no fué mortal.

«En prenda de mi cariño
Voy la paloma á buscar,»
Dice el jóven, y á la orilla
Salta con su alegre can.

Can que inquieto se detiene
Entre rosas y rosas:
Fáltale el rastro del viento,
No sabe por do tomar.

(1) El asunto de este romance está tomado de una tradición histórica de la Cartuja de Sevilla. El ilustre poeta don José Zorrilla tiene una leyenda con este mismo pensamiento; pero ni en la narración ni en los detalles se asemeja al presente romance. Mas aun: el suceso se finge por el señor Zorrilla en Valladolid.

Se acerca al fin á las flores
Y las huele con afán,
Al oído preguntándoles
Si allí la han visto pasar.

El niño, en tanto, ha cogido
Al ave, y la oprime ya
Contra su seno amoroso,
Y se dirige á su hogar.

Llámalo el jóven, y el niño
Lo ve con risueña faz:
Con el ave se la niega
De su contento en señal.

Torna á llamarlo el mancebo,
Y el niño torna á negar:
Corre el uno tras el otro:
El niño no puede mas.

Fuertemente estrecha al ave:
Llora y demanda piedad:
El mancebo mal sufrido
Le hierde con su puñal.

Entiende de aquel idioma
Que el niño hablándole está,
Lo que de la voz de un arpa
Furioso lobo rapaz.

Acude tarde el anciano,
Quiere á su nieto vengar,
Y allí atravesado expira
Mientras huye el mozo audaz.

Lleva en alto la paloma
Que el perro quiere tomar
Con los saltos de alegría
Que en torno á su dueño da.

Entra en la barca el mancebo,
Y con gran velocidad
Mueve los remos, y al punto
A Sevilla deja atrás.

Se ve por rastro en el rio
Una senda blanquear,
Y aguas que á las flores dicen
Que huyendo una barca va.

En lo alto de las torres
De la Cartuja, que están
A la otra banda del Bétis,
Un monge se fué á asomar.

Contempló latraste escena,
Conocer pudo al rufian:
Cubrió el rostro con sus manos,
Profirió un ahogado ¡ah!

«Huid, dice á los amantes,
Por el mundo caminad:
La providencia de Dios
Al fin os alcanzará.»

Al silencio y la clausura
Volvió el monge, no á su paz,
Siempre pensando en las muertes
Que presenció por su mal.

No bien corrieron dos meses,
Tuvo el monge que pasar
Para asuntos de su orden
A la arabesca ciudad.

Desiertas mira las calles,
No sabe qué ocurrirá;
Cerrados tiene sus labios,
No lo puede preguntar.

Pronto escucha á unas mujeres,
Que sentenció un tribunal,
Que un delito se castiga,
Que acaban de ajusticiar.

Que muerto había sido un niño
Por un hombre desleal,
Y también su viejo padre,
Viejo de vida ejemplar.

El monge, que tal escucha,
Con ferviente caridad
Por el homicida infame
Al cielo rogando va.

«Tu providencia, le dice,
Bien presto entregó al rufian
Al castigo de los hombres:
Halle en tu seno piedad.

Se adelanta por las calles
Y llega al sitio fatal

En que expirante en la horca
Se encontraba un capitan:

Capitan amigo suyo,
Compañero en otra edad.
«¿Qué es esto? exclama. ¡Dios mio!
¿Consentís engaño tal?»

¿Tu providencia invencible
Se desdén de evitar
Que la inocencia perezca
Con un oprobio inmortal?»

Absorto el monje, al instante
De Dios empezó á dudar,
Y burlóse de sus hábitos,
De su voto y humildad.

Entregarse al mundo quiere,
Del mundo quiere gozar,
Donde triunfan de ese modo
El crimen y liviandad.

Se enardecen sus pasiones,
¿Cómo pues las contendrá?
Mas fácil fuera un rebaño
De tigres apacentar.

Determina no volver
Al monasterio jamás;
La noche y su sombra amiga
¿Porqué así se tardarán?

De Sevilla sale oculto
Con soldadesco disfraz:
Hacia Córdoba camina
En un fogoso alazan.

Las estrellas esa noche
Presume que brillan mas:
Son las tembladoras teas
Que encendió el genio del mal.

El ruido de las hojas
De algun vecino olivar,
O las secas que impelidas
Corren por el arenal,

Le parece son caballos
Que en confuso galopar
Le persiguen con las gentes
Que saben ya su maldad.

Intranquilo pasó el día
En florido naranjal,
Entre abejas susurrantes
Y perfumes de azahar.

En las noches anteriores
Hubo horrenda tempestad,
Y otra horrenda se prepara
En la noche que vendrá.

Poder el monge quisiera
El Bétis atravesar;
Mas el Bétis ha allanado
Su limite natural.

Las riendas de su corriente
Caer ha dejado ya
De su mano, airado Dios,
Y no las quiere cobrar.

Perseguido vaga el monge
Por la voz del huracan:
Las ovejas le contristan
Con lastimoso balar.

De los lobos los aullidos
Y el relámpago fugaz
Y los granizos y piedras
Le obligan á penetrar

En una pequeña gruta,
Mansion de fieras quizá,
Do aguarda la luz del día
Que nunca ha tardado mas.

Solo durante la noche
El monge imaginó estar;
Mas no siempre el estar solo
Es la mayor soledad.

Desnudos huesos de un hombre
Mira esparcidos allá,
Y en un rincón de la gruta
Ensangrentado cendal.

Muévenle á coger el lienzo
Horror y curiosidad,
Pues letras descoloridas
Ha llegado á divisar.

Letras con sangre y cabellos
Fueron trazadas muy mal;
Pero el monge sus palabras
Consigue al fin descifrar.

«Quien quiera que aquí llegares,
Sabe, piadoso mortal,
Que me hirió traidoramente
Maldonado el capitán.»

Aterrado queda el monge,
Ve en tiempo la eternidad:
La providencia de Dios
Contempla patente ya.

La muerte de Maldonado
Fué de Dios la voluntad,
Castigo de su delito,
No el castigo del rufián.

De sus sacrílegas dudas
Pide á los cielos piedad,
Y riega el alma de lágrimas
Para á su Dios hospedar.

Mas al ir al monasterio
En su cansado alazán,
En las orillas del Bétis
Se para ansioso á mirar.

Dos cadáveres que el río
Arrojó en la tempestad;
De una mujer es el uno,
El otro el de su galán.

No lejos, una paloma
Celebra su libertad
Batiendo sus blancas alas
En las ramas de un moral.

¡Sufrimientos que muy cerca
De la impaciencia os hallais
Por la justicia hay quien vele;
Enmudeced y aguardad.

ADOLFO DE CASTRO.

Presentimientos.

TRADICION.

I.

En la risueña y poética campiña de la ciudad de Nápoles, y en uno de sus puntos mas pintorescos, existía á fines del siglo pasado una blanca y humilde casa.

Una tarde, era ya la puesta del sol, un jóven escultor se hallaba sentado á su puerta, trabajando en una estatua, próxima á concluir.

El sol hundía su frente en el ocaso recogiendo uno por uno sus rayos, y poco despues solo quedaba un ligero resplandor que coloreaba débilmente el horizonte.

El jóven suspendió el trabajo hasta el dia siguiente, descubriéndose con religiosidad, y rezó por lo bajo una oracion. Al terminarla, dos gruesas lágrimas, que se apresuró á ocultar, rodaron por sus mejillas, viéndose de pronto sorprendido por una persona que no aguardaba.

Era esta una niña que comenzaba la primavera de su vida, hermosa en extremo, y cuyo dulce mirar y rostro angelical decían bien á las claras la candidez de su alma. Vestía con airosa soltura el gracioso traje de las campesinas napolitanas, y en su mano derecha llevaba un precioso ramillete de flores á cual mas bellas y caprichosas.

— Buenas noches, Pietro, dijo con ternura al escultor.
— Que Dios te bendiga, mi buena Virginia, contestó él.

La jóven le miró al rostro, le vió triste, sus ojos humedecidos, la vista en el suelo, y exclamó:

— Pietro, Pietro, tú estás triste, tú has llorado... ¿qué tienes? Nunca has ocultado nada á tu buena Virginia...

Pietro, sin escucharla casi, murmuró para sí:

— ¡Un año! ¡un año!... ¡madre mia de mi corazón!...

La jóven tomó asiento junto al escultor, y rodeándole el cuello con sus torneados brazos, le dijo con acento cariñoso:

— ¿Verdad, Pietro, verdad que es muy triste perder el cariño de una madre? — ¡Vale tanto una madre!...

— Como tú perdí la mia, y como tú soy huérfana también hace ya dos años. ¡Dos años, en los que ignoro cuál habría sido mi suerte sin el apoyo y sin el cariño de mi buen hermano Michelo!...

El jóven la miró, y comprendiéndole ella, añadió:

— Y sin tu amor, mi adorado Pietro.

— Quedábase á tí un hermano, Virginia, mientras que á mí...

— Eres injusto, sí, muy injusto con nosotros. ¿Y Michelo, y yo, tu esposa... futura?

Pietro salió de su abatimiento, besó á Virginia con alegría en la frente, y la estrechó contra su corazón.

— ¡Oh! sí, dijo: hoy hace un año que á esta misma hora entregó su alma á Dios mi santa y querida madre; hoy hace un año que me encargó al expirar te hiciera mi esposa, y lo serás, Virginia, lo serás muy pronto; y tú, y nuestro buen Michelo, los tres, viviremos en esta casita, bajo cuyo techo nací, y bajo cuyo techo también comenzaron y concluyeron los dias de mis padres.

Al pronunciar estas palabras, Pietro quedó inmóvil, su rostro se puso pálido, y sus ojos parecían espantados.

La lechuza había lanzado un agudo chirrido.

— ¡Maldita! ¡ay! ¡maldita!... exclamó. Cada vez que oigo sus chirridos se me estremece el alma, mi corazón quiere abandonar su sitio, una fiebre ardiente se apodera de mi cerebro, y tiembla mi cuerpo como tiemblan las ramas que agita el huracán... ¡Tengo miedo, tengo miedo de esa ave maldecida!

Una noche, Virginia, cantó, como canta ahora, en ese mismo árbol, y ocho dias despues mi adorada madre dejaba un huérfano en el mundo. Todas las noches canta en ese árbol, junto á mi ventana...

Además, anoche tuve entre sueños una aparición horrible, muy horrible: ví ante mis ojos abiertas dos sepulturas, y un hombre de aspecto sombrío, misterioso, vestido de negro, de pié al borde de la fosa; y la lechuza allí, cantando como ahora. ¡Oh! el corazón me dice que alguna desgracia pesa sobre mí.

— Tú sueñas, buen Pietro, te engañas; interrumpió la jóven.

— Ojalá, Virginia; pero temo que nuestra felicidad se turbe.

— Te engañas, Pietro; Dios no puede querer que muera nuestra dicha.

Virginia estaba hecha un mar de lágrimas, y el pobre Pietro temblaba de terror.

La lechuza alzó su vuelo, y se perdió en la oscuridad.

II.

Al dia siguiente y á la misma hora del anterior, Pietro suspendía su trabajo.

Sin saber cómo ni por dónde, un desconocido se le presentó.

Iba vestido de negro.

— Buenas noches, Pietro Bembo, le dijo.

— Muy buenas, le contestó este; ¿qué me queréis?

— Os necesito.

— Perdonad: en este momento no podría hacer os una estatua de una pulgada.

— Os necesito, Pietro, y aun cuando tuviera que pagaros adelantado el importe de diez años, sería preciso que lo abandonarais todo.

— ¿Tanta prisa os corre?

— Mucha.

— ¿Qué queréis pues?

— Necesito un grupo que represente un jóven desconsolado, llorando al pié del lecho mortuario de su amada: os doy cuatro meses de tiempo. Tomad diez mil coronas, importe adelantado de vuestro trabajo.

— Esperad, repuso Pietro, me es imposible en tan corto tiempo.

El desconocido movió la cabeza en ademán imperioso y dijo:

— Tomad los bocetos.

Y trazó en la pared dos figuras tan perfectas y tan bellas por la valentía de sus contornos y de sus líneas, que Pietro se quedó asombrado é inmóvil.

El escultor, despues de mirar atentamente los bocetos, dijo al desconocido:

— No me atrevo: faltan las cabezas á esos bocetos, y temo echarlos á perder añadiendo mis ideas. ¿Teneis la bondad de trazármelas también?

— Dentro de cuatro meses. — Adios.

Y el desconocido desapareció.

Pietro no volvía de su sorpresa, y se perdía en mil conjeturas acerca del misterioso personaje; pero poco á poco se fué recobrando, al considerar que Virginia iba á ser suya, que los deseos de su madre se iban á cumplir.

Al otro dia se puso á trabajar sobre el grupo; pero cuantas veces ensayó copiarle, otras tantas conoció la insuficiencia de sus fuerzas.

El poder creador le había abandonado.

Era imposible sacar la obra con perfeccion, y se pasaron en ensayos inútiles los tres primeros meses del tiempo fijado sin que Pietro comenzara su trabajo.

III.

Al terminar el tercer mes, Pietro pudo emprender su trabajo, con mucha alegría por su triunfo. Pero bien pronto tornó á su sombría melancolía.

El ser á quien mas amaba en el mundo, Virginia, con quien iba á unir su suerte muy pronto, cayó gravemente enferma; y Pietro, no queriendo separarse de su amada ni un momento durante el peligro, trasladó su taller á casa de su novia, y siguió con ardor

trabajando dia y noche, hasta el punto de sorprenderle el amanecer alumbrado por los rayos de su lámpara.

El último dia del tiempo fijado el grupo se vió terminado, y por la noche Pietro fué á velar á su pobre Virginia, cuya gravedad había llegado al extremo.

Una lamparilla, colocada ante una imágen de la Virgen de los Dolores, alumbraba con luz débil y agonizante la habitacion en que Virginia se encontraba, y un suave venticillo se movía, jugueteando con las blancas cortinas de la ventana.

Pietro se hallaba arrodillado á los piés del lecho, llorando sin consuelo por el estado tristísimo de su amada; pero su desesperacion llegó al colmo viendo morir entre sus brazos en aquella misma noche á su mas bella flor de esperanza, á su mas dulce ilusion. ¡Virginia!

Agobiado bajo el peso de su dolor, Pietro tendió vagamente sus miradas por la estancia, y de pronto un terror convulsivo se apoderó de él.

La pared en que refleja su sombra con la del lecho de Virginia presenta la mas perfecta semejanza con el grupo que le encargó el desconocido, y cae privado de sentido exclamando:

— ¡Bien me lo decía el corazón! ¡una gran desgracia! ¡dos sepulturas! ¡el hombre negro!... ¡Sí, sí!... ¡y la lechuza también cantando!... ¡Bien me lo decía el corazón!

En aquel instante la lechuza lanzaba un horrible y agudo chirrido.

IV.

Algunos dias despues de la malograda muerte de Virginia, el pobre, el buen Michelo se dirigió á casa de Pietro y llamó á la puerta de su taller.

Pero Pietro no le contestó.

Volvió á llamar por segunda y tercera vez y tampoco obtuvo respuesta.

Alarmado por aquel silencio, forzó la puerta y la abrió.

Al entrar retrocedió algunos pasos, y lleno de sorpresa y de terror se quedó inmóvil, contemplando el cuadro triste y horrible que se ofrecía á sus ojos.

El cadáver de Pietro yacía anegado en su sangre al pié de un grupo recién acabado y sublimemente expresivo; y al reparar en él Michelo dió un grito de dolor, reconociendo las figuras de Pietro y de su hermana.

Sobre una mesa en donde ardía una lamparilla, había un papel.

« ¡Dios mio, perdon! (decía) voy á morir, voy á abandonar una vida que aborrezco.

» ¡Que mi alma vuele al lado de mis padres y de mi amada!

» Michelo, adios: corro á unirme en el cielo con tu hermana, ya que en el mundo se opuso el destino.

» No quiero vivir sin ella. ¡Perdon, Dios mio! ¡perdon!

» En nombre de mi amor á Virginia, en nombre de la amistad que nos une, Michelo, cumple mis últimos deseos. Quiero que me des sepultura junto á Virginia, á la puerta de mi casa; quiero, por último, que coloques sobre mi tumba el monumento de triste memoria que he terminado para adornarla.

» ¡Adios: ruega á la Madona por mí! — PIETTRO. »

Sus deseos fueron cumplidos; y su sepulcro, colocado á la puerta de su casa fué visitado largo tiempo por los curiosos.

Por espacio de treinta años, dícese que un hombre sombrío y vestido de negro, visitaba diariamente aquel sepulcro.

Era el desconocido que se apareció á Pietro encargándole el grupo tristísimo que luego adornó su tumba.

La tradicion nada cuenta sobre tan raro personaje, en cuyo misterio está fundado el de esta historia.

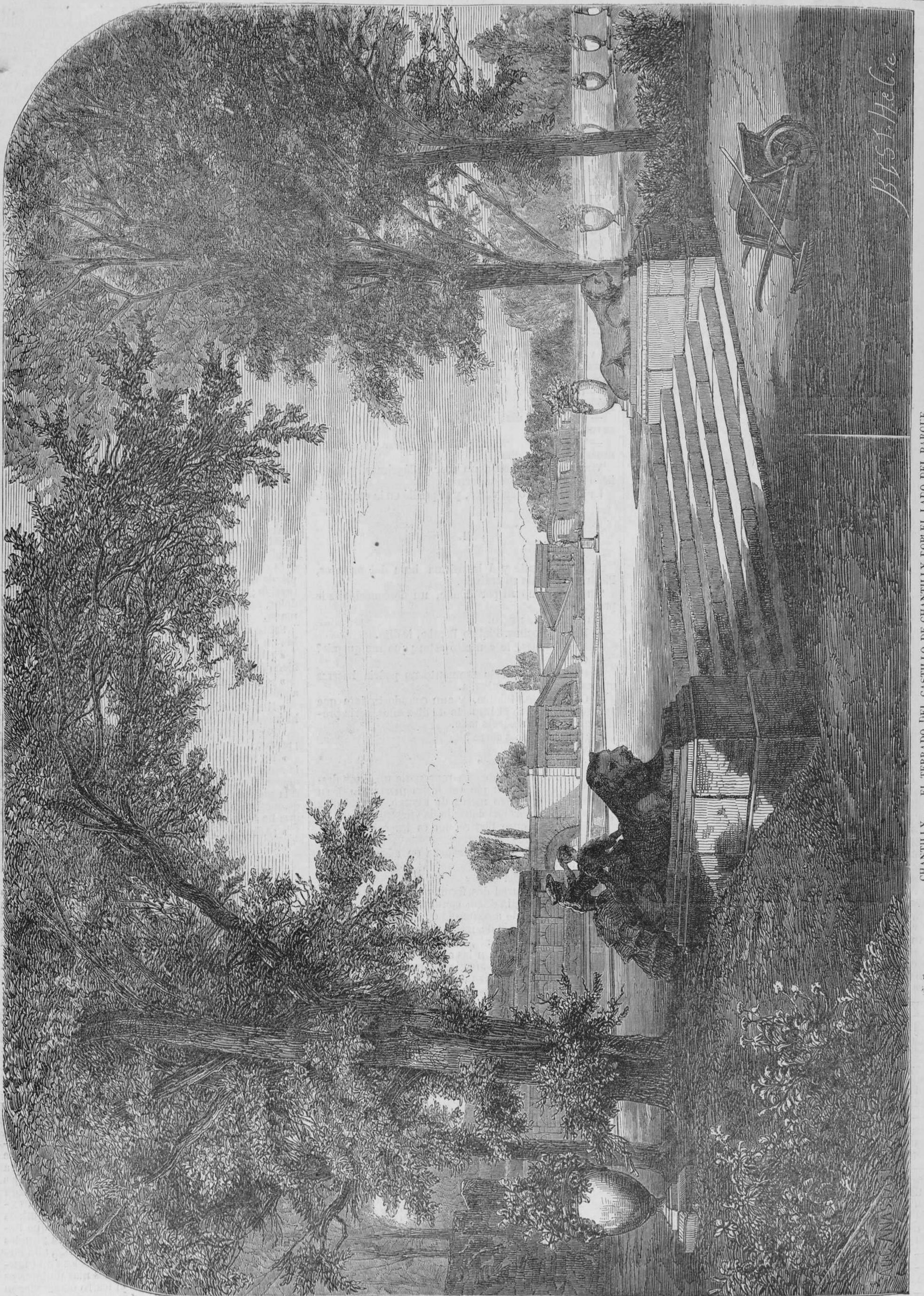
El hombre nace con una estrella que se llama el destino, para unos brillante, opaca para otros.

¡Desgraciados los segundos!

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

Chantilly.

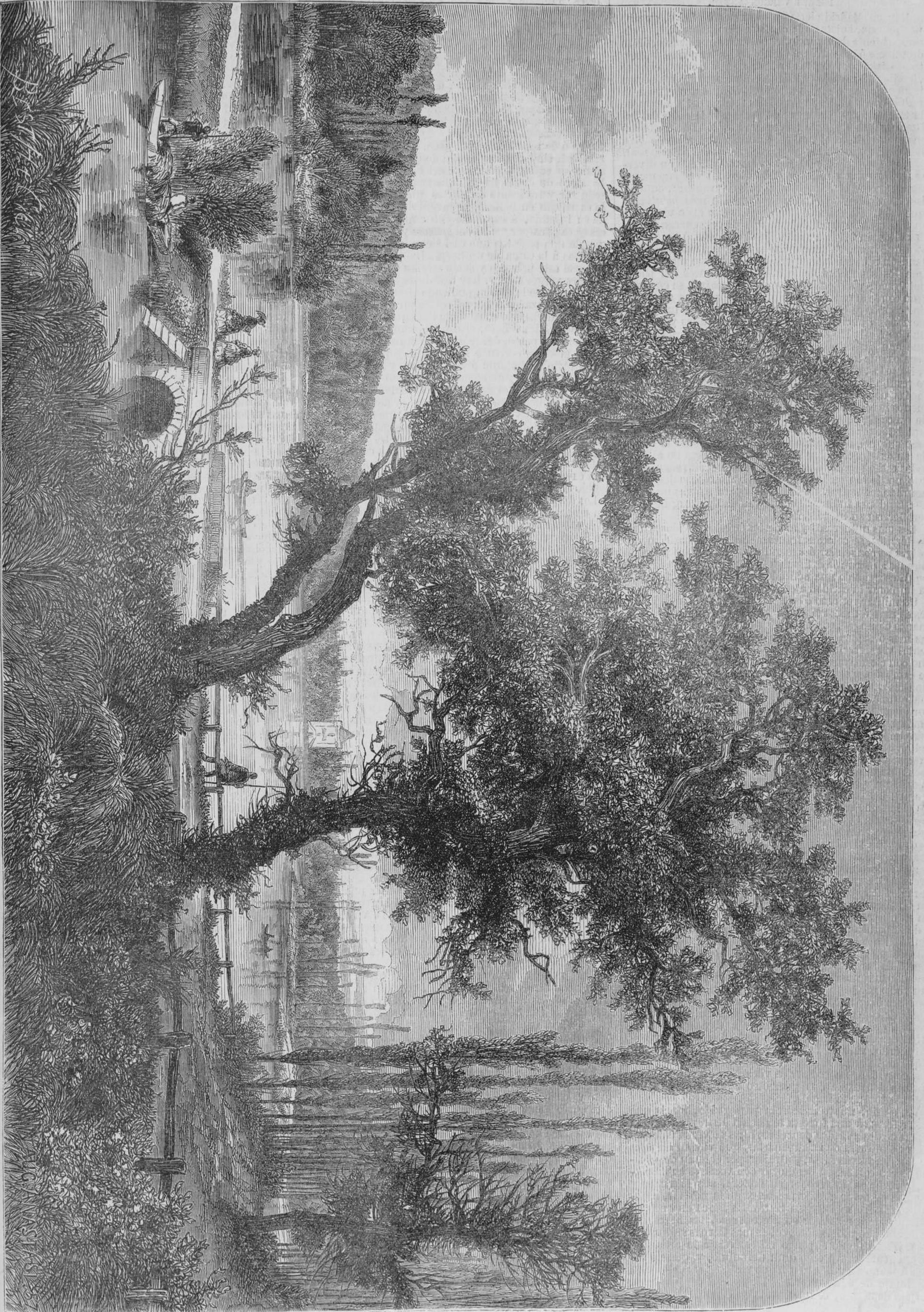
Para describir los esplendores de Chantilly, se necesitaría una pluma encantada, y creemos que aunque pudiéramos disponer de ese talisman, nuestra prosa sería pálida y fria al lado de los dos hermosos dibujos que damos en las páginas siguientes. Por esta razon nos limitaremos á decir que la selva de Chantilly, explotada por sus propietarios actuales, se halla alquilada á una sociedad de miembros del Jockey-Club, que lleva allí sus caballos de carrera, y que organiza grandes cacerías de ciervos. Los estanques de Commelle, alimentados por el riachuelo del Thene y situados en el fondo de un valle, que es uno de los sitios mas pintorescos de la selva, son ordinariamente el teatro donde vienen á rendirse las piezas de caza. Las carreras de caballos fundadas en Chantilly en 1832 tienen lugar en la magnífica pradera que hace frente al castillo.



Bris. Helic

CHANTILLY. — EL TERRAZO DEL CASTILLO DE CHANTILLY, POR EL LADO DEL PARQUE.

AUC. ANASTAS



CHANTILLY. — EL ESTANQUE Y EL CASTILLO DE LA REINA BLANCA, CERCA DE CHANTILLY.

Tipos y grupos matritenses.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones u oficios, que no por no estar sujetos á la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser mas ó menos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas gerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que sin mas facultades que las tres del alma, sin mas oficio que el de vivir, sin mas porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora, se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinarse su cabeza alguna cosa mas blanda que los soportales de la Plaza ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel dia pasa y se encuentran con la agradable certidumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena, que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos, que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias, que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, mas ó menos involuntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y ventura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajeno; todos están seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y el orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los mas numerosos y modestos de estos vividores impertérritos, se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la lengua*), escogiendo una actitud mas ó menos patética para implorar la caridad ajena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices mas ó menos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas mas ó menos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, verbigracia, muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media), aun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros, que á la sazón os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre este despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no tenéis qué contestar á una interpellacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la pelaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempo en que habia Cuzco y se estilaban tambien intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz. — Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo oneroso á cargo del partido á que dice que pertenece, segun el boletín de suscripción que os presenta, cubierto de las firmas mas respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor. — Ya es un mal parado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazón, y que acaba por exigir el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó presidiéndose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, tenéis que hacer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraídas por el iman de vuestro tierno corazón, á desahogar con vosotros su angustiado pecho, á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria, á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podeis acudir á remediar su desconsuelo, las bases del arancel á que podeis obtener sus mas tiernas simpatías. — Y vosotros (que supongo no estareis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Gerónimo, y que no tenéis á mano un guijarro con que castigar el pecho para distraerle de aquella formidable embestida) tomáis la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo,

y estudiáis el arancel de su gratitud; y trocando los papeles os dirigís vergonzantes á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es solo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de lo que le negara la fortuna. Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasión de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresas, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mujeres, que le sacrifican su belleza, su juventud, y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las mas veces se explica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesion que casi siempre acaba por conducir las á la cama de un hospital.

Desde esté primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes, hay infinitos que recorrer hasta lo mas alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora, el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto jinete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono, que arrebató la atencion de las mujeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden sin embargo decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco y precisos operarios de todo tocador, tienen la dosis suficiente de ingenio para hacerse, no solo tolerables, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar solo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *piqué assiette*; los españoles solemos designarle con los no menos expresivos de catacaldos y panzas al trote, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de vergonzantes de buen tono.

No lejos de esta categoría de existencias enigmáticas de caballeros del milagro, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druidicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compás en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno, ó comun á entrambos sexos, y comprende, además de los jugadores, diversos papeles y condiciones. desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Virgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio; y concluido este á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de esta, cuando era mas jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases mas elevadas. Y sin embargo nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenia por otro lado tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo mas escogido y brillante de Madrid; no habia todavia en ellos discretos gabinetes cerrados con puerta de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí solo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa hacia los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquellas con la reseña de la última inolvidable soirée de la amable señora de tres estrellas, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo por otra parte idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A.... seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar: — «Todo esto está muy bueno, ¿pero quién es esta brillante dama, qué y con qué medios cuenta para sostener todo este lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?» — Nadie por entonces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de pobre vergonzante, y sin embargo lo era; pero tan solo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenia la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demás gracias al sacar, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalás años enteros, que hallaban mas cómoda esta via reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no menos equívoca del pobre vergonzante, es la que suele ofrecer el hombre de paja, el ente de razon de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al revés que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á estos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detrás de todo aquel aparato de decoracion exterior, solo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y el anteaudo guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaférreo. — A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el gobierno, y que sufre con paciencia las diarias inectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquellos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario con la blanca mano del ama de llaves dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor. No solo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre mas ó menos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad. — Uno de nuestros mas célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Queno el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que mas tiene,
Sino el que ha menester menos.»

cuya exactísima observacion, contraída á nuestro propósito, podríamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
Sino el que ha menester mas.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caracteres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del régio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos, son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos; mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate, ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores de que tenían hambre y necesidad. — Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecenás que le pagó la impresion. Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante arruaje, y de un abono de palco en el Teatro Real. — Miserio vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto mas al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna parlamentaria. — Pero, en fin, esta es ya otra clase de mendicantes, y aquí solo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion dando otro giro, vuelvo mas extendido al argumento, consideremos la cuestion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion, antes bien diremos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaludia*:

«Trabajo no es menester,
Que si bien queréis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.»

EL CURIOSO PARLANTE.

Máquinas ofensivas de los antiguos.

Si queremos conocer las diversas máquinas ofensivas que han servido para el ataque de las plazas, y cuyo conjunto formaba el objeto de la ciencia llamada Ballística, encontraremos sucesivamente las que siguen: primero, las máquinas de tiro, á saber:

La balista, compuesta de una madeja horizontal de cuerda de crin, de pelo ó de nervios de animales, fija en los dos piés de la máquina por ambos extremos, y la cual retorcián con fuerza por medio de un palo de madera vertical que llamaban brazo, en una de cuyas extremidades ponían un dardo que al soltar el brazo era disparado. Si en este extremo, que al efecto lo hacían hueco en forma de cuchara, colocaban una piedra ó una masa de metal, el brazo al escaparse la arrojaba con fuerza, y entonces la máquina se llamaba onagro; y si estaba construida para ambos fines se denominaba polibolo.

La catapultilla, que constaba de dos brazos horizontales movidos por ramales ó madejas de cuerdas al desenrollarse. Al girar estos dos brazos extendía una cuerda redonda que empujaba el dardo colocado en una canal, ó una cuerda plana que arrojaba con su tensión una piedra. Dícese que los dardos que disparaban estas máquinas tenían tres ó cuatro varas de largo, y las masas de piedra ó de metal pesaban de trescientas á seiscientas libras y alcanzaban á mas de mil varas. Los ramales y madejas de cuerdas las torcían por medio de tornos, cabrestantes, ruedas dentadas, etc. Había también otras catapultas que arrojaban los dardos por medio de una piéza de madera sujeta al pié de un montante ó pié derecho alza-tirante, que se encorbaba hácia atrás por medio de un cabrestante, soltándose repentinamente.

El escorpión, las mantibalistas que lanzaban dardos pesados colocados en una canal, valiéndose de un molinete de dos manos, que movido por un hombre, encorbaba un arco de acero tendiendo su cuerda hácia atrás.

La frondíbula, que era un palo largo de madera movido en un plano vertical, por medio de un eje que la atravesaba, colocado en dos piés derechos de modo que formara una cruz de dos brazos desiguales; en el mas corto se ponían piedras metidas en un saco de cuero, y en el otro un contrapeso muy grande: colocábase la pieza de madera en posición horizontal, y soltándose de repente el contrapeso, las piedras eran despedidas con violencia. El contrapeso podía reemplazarse por hombres que tiraran de cuerdas atadas al extremo del brazo mayor.

La flecha incendiaria, flecha mas ó menos larga, ordinariamente de una vara, que junto al hierro llevaba en una cavidad elíptica materias incendiarias, á las que se daba fuego al disparar. Se las arrojaba con el arco ó la catapultilla según su tamaño.

Los botadores, las elides, las manganelas, especies de catapultas que volvieron á aparecer en el siglo XIII, y servían para lanzar masas de setecientas libras de peso á la distancia de mas de mil varas. Con ellas se llegaron á arrojar á las plazas sitiadas hombres, cadáveres, caballos muertos y materias pestilenciales: tanta inventiva tiene el hombre para el arte de la destruccion.

Entre las máquinas que servían para embestir y demoler se cuentan:

Las galerías cubiertas, especie de cabañas de zarzos, de seis á siete varas de largo y tres de ancho, colocadas sobre ruedas, cuyo objeto era el de establecer comunicaciones seguras entre las torres, los testudos, y otras máquinas de guerra.

La testudo de avance ó galápago era una galería cubierta con un alero ó pantallas que resguardaban á los trabajadores que iban en ellas para allanar el terreno por donde habían de pasar las máquinas de demolición. El ariete, viga de veinte á cuarenta y cinco varas, que tenía en un extremo una cabeza de carnero de bronce ó hierro, estaba suspendida á cuatro metros de elevación y puesta en movimiento por unos cables ó cadenas tiradas por hombres. El ariete iba siempre debajo de una galería ó testudo, y servía para abrir las brechas después de empezadas por una barrena ó taladro grande que se ponía en él en lugar de la cabeza de carnero.

El helepolo ó torre cuadrada de pino ó abeto de veinte á cuarenta y cinco varas de elevación, cuya base tenía el lado igual al tercio de la altura, y constaba de diez á quince piés.

En el interior iban uno ó dos arietes rodando sobre polines, y en los demás las armas arrojadas y los arqueros; por medio de un puente de charnela ó de corredera se podía pasar desde uno de los pisos á la muralla luego que la torre había llegado al pié de ellas. El frente y los costados estaban cubiertos de zarzos y mimbres verdes, ó de un tejido de cuerdas ó crin.

El tonelon, gran palanca que giraba sobre un pié derecho mas alto que la muralla atacada. En uno de los extremos tenía un cajón en el que cabían hasta veinte hombres, por medio del cual, moviendo la palanca por el otro extremo, llegaban al nivel de las almenas desde donde disparaban contra el enemigo y saltaban á la muralla.

La cigüeña de garfios era un asta larga armada de un harpon ó fuerte garfio de hierro, suspendida en una armazón colocada en un carro. Manejando el harpon por el extremo opuesto, arrancaban las almenas, los manteletes y los lazos con los cuales el sitiado procuraba agarrar las cabezas de los arietes.

La cigüeña de zarpa, que en lugar de garfio llevaba una fuerte tenaza con la cual cogían el objeto levantándolo para romperlo.

Los manteletes, grandes escudos de mimbres que se mantenían derechos mientras los arqueros disparaban resguardados por ellos. Otras veces eran un conjunto de piezas de madera ensambladas en forma circular, revestido por encima de mimbres ó de tejidos de cuerda y crin, que era conducido sobre tres ruedas y servía para el mismo objeto.

Tales fueron las principales máquinas ofensivas que han sido reemplazadas por la artillería moderna.

J. L.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Novedades actuales. — Tres vestidos de primer orden. — Telas para primavera y verano. — Sobre los adornos de cinta. — Confecciones nuevas. — Los sombreros del día. — Un sombrero dorado. — Otros sombreros de primavera. — Los capuchones de flores. — Dos sombreros con capuchon. — Descripción del figurin que representa los últimos trajes de soirée de esta temporada.

La moda se ostenta por todas partes; de modo que no tengo mas que enumerar las telas, las confecciones, los vestidos y los sombreros de la temporada.

El tafetan liso se prefiere al de dibujos, á menos que los vestidos no sean obras maestras de colorido y de fabricación como los tres que siguen:

El primero es un vestido Luis XIII de gro de Tours blanco con cuadros Lavalliere de terciopelo epinglé blanco ilustrados con florecillas de lo mismo, muy en relieve.

El segundo es un vestido oriental de anchas rayas junquillo y rayas turcas, fondo blanco con ramilletes de flores aterciopeladas y orla de palmas, color purpúreo y junquillo.

El tercero es de moaré antiguo, fondo blanco con dos volantes azules que ondulan en draperías de penachos blancos bordado de China.

Citaré en el mismo género estos otros vestidos.

— Uno de anchas rayas color de lila con florecillas Pompadour y bandas de lila; — otro princesa Clotilde de tafetan grossella de los Alpes, con dos volantes sembrados de puntos blancos y de bandas de distancia en distancia; — y otro de doble falda de tafetan color de rosa, género Watteau, con bordado blanco imitando la blonda y orla de flores.

En telas mas sencillas hay tafetanes de color de perla con filetes blancos; otros de cuadritos con florecillas en los cuadros; otros de fondo rayado con flores naturales, y otros de fondo gris con flores muy menudas.

Pero repito que el tafetan liso es el mas en moda, porque se presta mejor á los caprichos de los adornos que hoy se llevan.

En cuanto á telas ligeras citaré el barés estampado de cuadritos y rayas con florecillas.

Los cuerpos con cinturón y las mangas estrechas reemplazan los de faldetas y de mangas anchas; es decir, se vuelve á lo antiguo, y por esto el barés se ha puesto á la moda.

Además del barés estampado, hay una tela nueva llamada *Ferandina*, rayada, muy hueca y muy diáfana, hija á la vez del barés, de la gasa de Chambery y de la granadina.

También hay organdís muy bonitos, casi todos de volantes y de doble falda; parecen canastillos de flores con lazos de cinta.

Las cintas constituyen el mejor adorno de primavera, y así es que se llevan desde los zapatos hasta la sombrilla.

Las cintas mas elegantes son las escocesas rayadas colores flor de melocoton y blanco, violeta de Parma y blanco. Luego hay cintas con filetes y cuadros Pompadour de anchura diversa, y cintas lisas llamadas muselina, porque son ligeras y aterciopeladas.

En cuanto á confecciones voy á fotografiar las mas bonitas que he visto.

Antes advertiré, que al hablar de telas, confecciones, ropa blanca y encajes hago un pequeño resumen de la *Exposición artística de la casa Delisle*. Todos los modelos de esta casa tienen un tipo particular de elegancia inimitable. Hé aquí la lista:

— Una casaca china con nueve puntas adornadas de azabache, y reunidas entre sí por una serie de pequeños volantes de guipure sobre tul que sirve de transparente.

— Una esclavina Regencia de tafetan negro que describe una manteleta por delante con fichu bordado de punto de Hungría y azabache.

— Un paletó no ajustado de tafetan negro con un gran volante.

— Una mantilla Maintenon de crespon liso blanco, que forma como una especie de bonito fichu de crespon bordado de florecillas negras con pompon de encaje negro y volante de Chantilly.

— Una manteleta Duquesa de tafetan verde mar con un gran volante compuesto de ocho pequeños falbalás alternados con tafetan verde y tafetan blanco. Sobre los falbalás blancos hay pequeños volantes de Chantilly, y sobre los verdes los hay de Inglaterra.

— Una capa Emperatriz de tafetan malva, guipure blanca y rizados de tafetan blanco orlados de guipure. En lo alto de la capa una esclavina de tafetan guarnecida de guipure.

— Una mantilla Pompadour de tafetan color de rosa cubierta de crespon liso blanco con bullones de crespon separados por listas de terciopelo negro.

— Un chal de un nuevo género rayado de guipure y encaje de Chantilly.

— Una mantilla Pompadour de muselina bordada con entredos de Valenciennes.

— Una mantilla de Chantilly con capuchon fruncido y lazos de encaje.

Cortaré aquí la lista, pues me parece que por esta variada colección es fácil formarse una idea de las modas actuales.

Sobre todo advierto que no invento nada de lo que describo. Hay periódicos de modas que abusando de la distancia á que se encuentran sus suscritores, les envían modelos que no existen ó que nadie querría en París.

Antes de hablar de los sombreros, quiero decir dos palabras sobre el calzado que hoy se usa.

El calzado es muy importante para una señora. Para calle el tacon Luis XV que tiene tanta gracia en un salón, es de mal gusto. Para las botitas de cabritillo negro ó dorado se deben elegir los tacones ordinarios; lo mismo para las botitas negras, grises y de color de castaña.

Para vestir se lleva la botita de seda con tacon Luis XV.

También hay unas botitas africanas de tafete encarnado con forro de cabritillo blanco y tacones negros que son muy elegantes.

En cuanto á los zapatos, el capricho varia según los trajes. Hasta para jardín se hacen; son estos de lienzo crudo con tacones Luis XV y adornados con lazo de cinta y hebilla.

Las babuchas son de pieles de colores con adornos variados, y las hay también de tafetan gris perla con lazos de cinta, y de piel dorada con lazo.

Pasemos á los sombreros.

Los modelos que vamos á dar son de *Alejandrine*, que acaba de operar una revolución en París con su sombrero dorado.

¡Un sombrero dorado!... Parece mentira, y sin embargo, existe, y no hay nada mas bonito. El oro que tiene no es mas que lo justo para constituir su novedad. Hé aquí su descripción:

Este sombrero es de paja de arroz y tul con puff de rosas por un lado sostenidas por cordoncillos de oro. En el casco hay una corona de rositas prendidas con lazos de cordón de oro. En el interior puff de rosas. Cintas blancas y bavolet de blonda.

La elegancia de este sombrero es tal, que solo parece conveniente para salir en carruaje.

Los demás sombreros de Alejandrina no son menos nuevos y encantadores.

Para jóven casada tiene un modelo de paja de arroz con puff de plumas blancas en lo alto del casco, y bavolet de blonda. En el interior hay un adorno de lilas. Cintas blancas.

Tiene además:

— Un sombrero de crespon blanco con fichu de blonda que cae sobre el casco y bavolet de crespon orlado de blonda. Al borde lleva una franja de pluma blanca que se mueve caprichosamente en torno del rostro. Por dentro bandó de azelias color de malva.

— Otro también de crespon con doble drapería cubierta con un fichu doble de tul y de blonda que forma un velo. Se echa sobre la cara una de las puntas del fichu, en tanto que la otra flota sobre el sombrero. En el interior bandó de lilas. Bavolet de tafetan color de lila velado de crespon.

— Otro de paja de arroz con cintas blancas y rayado de maiz aterciopelado, que se desarrollan en ondas caprichosas y sostienen por un lado un ancho pensamiento de terciopelo malva montado en espigas paja. Por dentro pensamientos de terciopelo.

Voy á decir dos palabras sobre los capuchones de flores para adornar el casco de los sombreros de tul bordado.

Los capuchones de flores se componen de ramitas de verdura muy delicadas que sostienen en lo alto del casco un pequeño puff de flores, violetas, florecillas silvestres, lilas ó capullos de mayo. Nada mas bonito que este tocado. Hagamos uno ó dos sombreros con ese adorno. El ala es de paja de arroz con fondo de tul cubierto con ese capuchon de verdura y de flores. El tul se escapa por entre las ramas de verdura. El otro sombrero puede ser de crespon liso color de rosa. El ala de pliegues gruesos y el fondo con el capuchon susodicho.

Concluyo con la descripción del figurin que representa los últimos trajes de soirée de esta temporada.

Primer traje. — Vestido blanco de tarlatana con tres dobles faldas. Cuerpo de peto; berta rizada y capita argelina con capuchon.

Segundo traje. — Vestido de tafetan verde Azoff, con tres volantes. Corpiño de peto; berta de fantasía de tul blanco adornada de encaje negro y de blonda blanca.

Tercer traje. — Vestido de moaré antiguo gris perla. Delantal en la falda compuesto de gruesos bullones de tul con puntilla de encaje. Cuerpo con draperías por delante y por detrás. Mangas pequeñas, abiertas y guarnecidas de encaje negro. En la cabeza adorno de rosas y otro igual en el cuerpo. Brazaletes de coral y cinturón con puntas largas.

Cuarto traje. — Vestido de terciopelo azul de Prusia. Delante de la falda adorno de *lazos mariposa* de trencilla de oro. En la cabeza torsade de terciopelo azul ilustrada con trencilla de oro y borlas. Mangas cortas y abiertas y dobles mangas de tul.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Escenas de la vida de Argelia.

El valle de Drah-el-Mizan se halla á una altura de 350 metros. Abierto á los vientos de Este y de Oeste, se encuentra abrigado al Sur por las altas cumbres de mas de 2,000 metros del Jurjura, y tiene al lado el escarpado pico de Lella M' Sauda-Tachentir't, en cuya altura esa respetable señora tiene un morabito oculto entre los árboles á 900 metros de elevación.

La garganta de Sidi-Rhanun, por donde pasa el camino de Aumale, se halla al lado de ese morabito. — En ese lugar se han batido dos veces los franceses contra los Nezhliuas.

El templo donde la respetable M' Sauda-Tachentir't recibe los homenajes de los Nezhliuas, y respira el humo del djauil que arde en los vasos sagrados, es una mala choza de fábrica grosera con techumbre de paja. En el interior se ven dos esteras, dos ó tres braseros y algunos caudaleros de porcelana pintada de verde. Pero todo esto se oculta entre los árboles del modo mas misterioso y poético.

¿Quién es Lella Tachentir't? Lo ignoro; pero supongo sería una de aquellas valerosas mujeres berberiscas que defendieron su país como hombres, y que han dejado renombre en las leyendas, como la Damia-Bent-Nifac, que los árabes llamaron la Kahina (la bruja), para vengarse de su heroica resistencia cuando su invasión.

En la mitad de la larga barraca donde se abrigan los caballos franceses, han hecho un teatro, donde se divierten sobremanera las damas de Drah-el-Mizan; es-

tas señoras asisten á las funciones con un gran lujo de pedrerías falsas.

Sentiría decir alguna cosa que pudiera disminuir la protección que se debe á los colonos de los puestos avanzados. A esto se responderá quizá que no son colonos, sino *aguardenteros*, ú otra cosa por el estilo; pero de todas maneras colonizan ese país, y hay que darles gracias. En muchas colonias se ha visto un principio igual; lo que hay que considerar es el objeto final. Cuando la miseria ha castigado lo suficiente á los que andan por las malas vías, muchos de ellos se convierten al trabajo, y el trabajo al ponerlos en posesión de algunas tierras, les moraliza y les infunde el respeto de la propiedad ajena, al menos ese respeto relativo indispensable para la conservación de lo que se posee.

Las lluvias que habían cesado un instante continúan. No se ha visto otro invierno como este en Africa. Los caminos están impracticables, y hay que calzar zuecos ó botas altas. Los zuecos se llevan con unos botines gruesos de orillo que suben hasta la rodilla; además hace falta el apoyo de un buen palo. Por la noche se lleva en la mano un farol. Un oficial vestido de este modo no tiene mala traza.

El kaid del maghren del comandante Beauprêtre acaba de casarse. Ignoro de dónde ha sacado su mujer, y si es fea ó bonita, joven ó vieja, nadie la ha visto. Según Mungo-Park y René Caillé, las mujeres del centro de Africa que tienen la dicha de pesar 400 kilogramos, son bocado de rey, y así es que los padres ceban á sus hijas con el mayor cuidado. Las alimentan con pastas y cosas de leche, y las impiden que anden. Parece que hay ganaderos negros, quiero decir padres y madres del Sudan, que de ese modo obtienen productos muy notables, buenas bolas de grasa.

Ignoro el peso de la mujer de Ben-Salem, puesto que no la he visto. Los padres del marido fueron según costumbre á buscarla á casa de su padre; ella se mostró entre una cantidad enorme de piezas de tela blancas y de colores; la subieron á una mula con albarda que cubría un rico tapiz, y la llevaron hácia la casa de su nuevo amo.

A su lado iban muchos criados á pié, y seguían muchos jinetes, parientes y amigos del marido, que de cuando en cuando corrían y hacían descargas, simulando á veces un combate contra un enemigo supuesto que intenta arrebatarse ese tesoro confiado á su guarda.

Así llegó á la morada de su marido; en el corral entre los caballos, las mulas, los bueyes, los perros y las gallinas la esperaban las mujeres de la familia de Ben-Salem con los chicos y las vecinas.

Al verla la acogieron con entusiasmo y la llevaron á sus aposentos. Los jinetes repitieron sus descargas; comenzaron las músicas y las mujeres cantaron, gritaron y bailaron como locas durante una parte de la noche.

— ¿Y qué hace entre tanto el novio Ben-Salem?

— ¿Creeis que ha recibido en la puerta de su casa á la novia para llevarla á su habitación? — Nada de eso; la *etiqueta* no se lo permite; anda errante por todas partes como un alma en pena, pero no aparece por su vivien-



ARGELIA. — EL FUERTE DE DRAH-EL-MIZAN, VISTA DEL ESTE.



OFICIAL DE LA GUARNICION DE DRAH-EL-MIZAN EN TRAJE NOCTURNO.



MORABITO DE LILLA M'SAUDA TACHENTIRT.

da. Únicamente cuando dan las dos de la madrugada, la hora de las malas acciones, llega como un malhechor; la música le saluda, y los gritos toman un carácter frenético.

Entonces Ben-Salem se dirige al cuarto de su mujer, que se halla oculta detrás de siete cortinas.

Entre todos los cristianos, los médicos militares franceses son los únicos llamados á cada momento al interior de las familias árabes. Ellos solos ven á las mujeres en sus casas, en medio de sus hijos, las hablan fami-

liarmente, las tocan y las curan. Nosotros podríamos ser unos buenos apóstoles de conciliación entre los vencedores y los vencidos.

Cuando era yo médico en Mascara, fui llamado un día á la tribu de los Ulad Sidi-Daho, para ver á una joven enferma hacia tiempo, y que se moría. Los morabitos y los charlatanes árabes la habían abandonado. Preciso era todo esto para que su padre, que pertenecía á la familia del emir Abd-el-Kader, fanático por deber y por recuerdo, recurriera á un cristiano. La infeliz criatura podría tener de trece á catorce años; á esa edad todas son mujeres en el país, pero ella no lo era. Padecía una bronquitis crónica con un principio de tisis.

El padre me prometió que seguiría todos mis consejos y ejecutaria todas mis órdenes. Al cabo de un mes estaba ya mejor, y medio año después había recobrado la salud de tal manera que le dije al padre:

— Tu hija está sana; ya puedes casarla.

— Que Dios aumente tus bienes, me respondió el padre; ven á vernos á menudo, nunca podré pagarte lo que has hecho.

Volvi una vez y aquello fué una fiesta; el padre estaba ausente, y en tales casos nadie puede ser recibido; pero cuando la negra que me abrió la puerta gritó quién era yo, todas las mujeres quisieron recibirme, y me besaron las manos haciéndome mil caricias.

Cuando los Ulad-Sidi-Daho supieron la noticia de esta cura *maravillosa*, puesto que sus morabitos no habían podido obtenerla, yo llegué á ser un hombre extraordinario para toda la tribu. Nunca desde entonces puse allí los piés, sin que de todas las tiendas saliesen diputaciones á suplicarme que fuera á ver á los enfermos; pues los hay siempre en todas las

tiendas en ese pobre pueblo árabe, cuyas miserias nadie ha pintado todavía con sus tristes colores. Sobre todo me solicitaban las mujeres. En los primeros tiempos quisieron ocultarse la cara, y aun se ponían detrás de las cortinas, de modo que solo me dejaban ver el punto enfermo. Yo las reñí, y entonces se mostraron como los hombres.

A veces se sentaban en corro en torno mio cinco ó seis de las tiendas vecinas, y todas las palabras que la dirigía yo, las ponían de buen humor y las hacían reír mucho. Yo había aprendido para el caso algunos pensamientos del Corán, y no desperdiciaba las ocasiones de repetirlos, lo cual producía siempre un efecto extraordinario. Los elogios que hacían de mí no son para dichos.

Por esta razón he apuntado que los beneficios que podrían hacer los médicos en Africa, bajo el punto de vista de la política y de la humanidad, serían muy grandes.

A. V.